

CRÓNICAS Y RAÍCES

JAIRO ANTONIO CORAL NOGUERA

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2017**

CRÓNICAS Y RAÍCES

JAIRO ANTONIO CORAL NOGUERA

Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar el título
de Licenciatura en Filosofía y Letras.

ASESOR:

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2017**

“Las ideas y conclusiones planteadas en este trabajo son responsabilidad exclusiva del autor”.

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Presidente del Jurado

Jurado

San Juan de Pasto, septiembre ____ de 2017

AGRADECIMIENTOS

El autor desea expresar sus agradecimientos:

A Gonzalo Jiménez Mahecha, por todo el esfuerzo y apoyo recibido; por hacer de este trabajo un paso más de formación, en el ideal educativo...; las enseñanzas recibidas se guardarán y propagarán en el hilo de este camino literario-educativo que apenas ha comenzado.

Igualmente, a todos los docentes del programa de Licenciatura en Filosofía y Letras, que durante las horas de clases, de convivencias, de viajes, de despedidas, entre otras cosas más, aportaron en este camino de formación profesional y gracias a sus conocimientos y experiencias educativas hoy se logra ascender a otro momento de la vida.

Además, a Imika, Cristian, José, David y Vanesa, que tuvieron la gentileza y la amabilidad de compartir algunas de las historias y relatos de sus experiencias con respecto al tema del proyecto; mil gracias por hacer de este aprendizaje algo mucho más significativo.

A mis padres,
Ana Luisa Noguera Ortega y Gilberto
Manuel Antonio Coral Tates:
el amor, cariño, paciencia y esfuerzo
brindados fueron únicos y admirables.

RESUMEN

El trabajo *Crónicas y raíces* es un ejercicio de creación literaria, que se realizó teniendo en cuenta lecturas y contenidos acerca de la crónica, la discriminación, el racismo y la xenofobia, compuestos a partir de experiencias personales y de terceros. Las narraciones realizadas trataron de acercar al tema de la discriminación y a todo tipo de rechazos que se viven a diario en la humanidad.

Igualmente, las crónicas impulsaron, dentro de su trabajo literario, a conocer un poco más este tipo de problemática, a partir de situaciones directas e indirectas, donde se mezclan con dificultades sociales, como la corrupción, la cárcel y la prostitución, para dar paso no solo al reconocimiento de la discriminación como un problema, sino a uno que puede surgir a partir de otros factores.

De esta forma, los hechos relatados en este trabajo impulsaron a la creación literaria, como un referente, con el desarrollo de nuevas dinámicas de escritura y nuevas estrategias para el trabajo investigativo y la labor docente.

Palabras claves:

- Crónica
- Discriminación
- Educación
- Literatura
- Producción
- Racismo

ABSTRACT

Crónicas y raíces is an exercise in literary creation, realized by taking into account readings and contents about chronicle, discrimination, racism and xenophobia, composed from personal experiences and third-party experiences. The narratives attempted to approach the issue of discrimination and all kinds of rejections that are experienced daily in humanity.

Likewise, the chronicles impelled, in their literary work, to know a little more this type of problematic, from direct and indirect situations. These stories link social difficulties, such as corruption, imprisonment and prostitution, to allow passage not only to the recognition of discrimination as a problem, but also to one that can arise from other factors.

Thus, the facts reported in this work led to literary creation, as a reference, with the development of new writing dynamics and new strategies for research work and teaching.

Keywords:

- Chronicle
- Discrimination
- Education
- Literature
- Production
- Racism

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	7
1. APROXIMACIONES A LA CRÓNICA	9
1.1 LA CRÓNICA	13
1.2 LA DISCRIMINACIÓN	16
BIBLIOGRAFÍA	21
2. CRÓNICAS Y RAÍCES	29

ÍNDICE DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. Colegio «Mundo de Praga»: estudiantes comparten con Cristian	33
Figura 2. Llegada a Antofagasta	47
Figura 3. Danzador del Yurupari	57
Figura 4. Parroquia Santiago apóstol y parque central, Santiago	66
Figura 5. Taminango, en medio de cerros y vegetación.	71
Figura 6. David, al año de estar en la cárcel.	77
Figura 7. Vanesa, con el retrato de su madre	85

INTRODUCCIÓN

La creación literaria desborda todas las fronteras, profundiza en los más grandes abismos del ego y vuela vertical u horizontalmente hacia la atmósfera de cualquier espacio, mundo, recuerdo, fantasía, etc.; ella permite entrar y salir de la realidad, desde la puerta principal de una casa, como desde la puerta trasera o sus ventanas; tiene la habilidad de desmenuzar el contenido, apropiarse del todo, reorganizar a su antojo las escenas; ella siempre será capaz de empezar por el final, si se quiere, o por el medio, o por el principio; al final, su estética y esencia será lo que atraiga al lector para que la siguiera cultivado y no dejara de redescubrirla.

Este trabajo literario recayó en la esencia de la creación de la palabra, a través de situaciones de discriminación, muy conocidas por muchos, pero de muy poco interés por el desborde mediático y desechable para tantos casos que se ven y se escuchan a diario; se pensó en los estudios sociológicos, históricos y programas sociales, que han sido de gran utilidad para este trabajo, al tener en cuenta que no es el fin del trabajo retomarlos, analizarlos por esos contextos, ni tampoco plantear soluciones, ni métodos para evitarlas; la intención se debe entender en el plano de la imaginación y el orden de los hechos presentados aquí, por personas que han sentido, vivenciado y asimilado algún nivel de discriminación y que, a partir de recursos literarios como la metáfora, la comparación o el símil, la antítesis, la ironía, los eufemismos, los sarcasmos y los refranes, se ha buscado que los textos tuvieran un mayor nivel creativo literario, con el objetivo de presentar escenas, imágenes, fotos, dibujos, películas, en torno a la palabra y la escritura, para interpretar esas situaciones, como relato, como narración, como crónica, donde el lector tendrá la oportunidad de leer y hacerse a una imagen de esta problemática, con un sentido literario.

Por tanto, *Crónicas y raíces* es un compendio de crónicas, enfocado a tratar el tema de la discriminación en un plano literario, vinculado a la información, a la interpretación, la narración y la descripción de estos hechos, al relatar unas historias reales, de personas que se han visto envueltas en estos acontecimientos y que, de una u otra forma, comparten su experiencia a partir de la palabra hecha historia y narración por parte de su autor, lo que

motiva hacia la creación literaria como camino para que se pudiera visualizar y analizar este fenómeno social, desde la palabra escrita y desde los senderos literarios, no como un espacio para las cifras y los balances respecto a esta problemática, sino, más bien, el sentir de las acciones olvidadas en el tumulto, en el desorden, en la apatía por estas historias. De esta forma, cada crónica revela una puesta en escena para leer, imaginar y pensar en estos hechos, que se presentan a diario.

1. APROXIMACIONES A LA CRÓNICA

La crónica es, además, la licencia para sumergirse a fondo en la realidad y en el alma de la gente.

Alberto Salcedo, La crónica: el rostro humano de la noticia.

La crónica, como herramienta de creación literaria de muchos escritores y periodistas, cumple ciertas características particulares, que la diferencian de otros géneros literarios y la vuelven atractiva para cierto tipo de lectores, pues encuentran en ella un trazo estético entre el manejo de la realidad y la creatividad literaria; como afirman muchos escritores, la crónica se encuentra en el centro de dos grandes horizontes literarios: el periodismo y la creación literaria; el primero tiene que ver con la investigación, la información, la interpretación y el análisis de la verdad, de los hechos reales, de escribir al pie de la realidad sin modificar, ni exagerar, lo sucedido, de ser fiel a los acontecimientos, con mirada objetiva, narrar tal cual los sentidos lo permiten, evitar la invención de historias que no son ciertas.

La segunda, la creación literaria, se entiende como la tonalidad en que se escribe una canción; la estética es importante para el texto, el recurso a figuras literarias que le brindan al texto una esencia, un clímax distinto; el arte de la palabra de organizar cada escena de un acontecimiento, con la intención de que el lector se sintiera conmovido, triste, alegre, pensativo, furioso etc., lleva a que el texto escrito se apreciara, se distinguiera entre otros.

Si bien recurre a la verdad y no desconoce la realidad, la forma de escritura de la crónica literaria logra atrapar la objetividad, describe cualidades y peculiaridades de los actores, los espacios, la problemática, en torno a una narración sencilla, asequible al lector común, lo que logra alterar sus emociones, visualizar su realidad y aprender a través de la narración literaria-periodística.

1.1 LA CRÓNICA

Sin embargo, definir la crónica resulta una tarea complicada; separarla de uno de sus dos horizontes lleva a dejarla estéril; necesitan una de la otra para complementarse; no se puede

hablar de crónica sin recurrir al análisis y estudio de las características de cada uno de ellos, al explorar en sus trabajos una intención de comunicar algún hecho en particular, de dibujar con la palabra una fotografía de dolor, de intriga, de ironía, de risa, de belleza, de maldad, etc., de interpretar alguna problemática, de describir el entorno de los hechos, lo que acercara al lector, a través de la palabra, hasta el lugar de los hechos, como si él hubiese estado ahí y hubiera presenciado los momentos de gran relevancia o, como dice Alberto Salcedo Ramos:

El cronista narra con tal nivel de detalles que los lectores pueden imaginar y reconstruir en su mente lo que sucedió [en línea].

De tal forma, el cronista se encargará de presentar sus ideales, sus problemáticas, los temas que más le llamasen la atención, los que viera y sintiera conveniente investigar, informar y narrar de forma cronológica, minuciosa, para entender y comprender lo sucedido ante cualquier hecho; lograr, en su búsqueda, la captación de la atención del lector, al que no se ha informado y motivado para que leyera sobre cierto tipo de noticias o de eventos; se dará a la labor de impulsar en el lector la curiosidad y la indagación de los argumentos escritos, de los relatos y narraciones expuestos; examinará, en la palabra y en el estilo, cómo contar y escribir sobre sus intereses, sus propias percepciones de la realidad, de tal modo que el lector sintiera empatía con lo que está leyendo. Señala Martín Caparrós:

La magia de una crónica consiste en conseguir que un lector se interese en una cuestión que, en principio, no le interesa en lo más mínimo (Por la crónica [en línea]).

Los estudios realizados sobre la crónica, a nivel histórico y de lenguaje, permiten acercarse a definiciones muy comunes y, por consiguiente, llegar a una primera intención por encasillarla y precisar que la palabra *Crónica*, que se deriva del latín *Chrónica*, y ésta, a su vez, del griego *Chroniká*, significa “libros en que se refieren los sucesos por orden del tiempo”; esta intención de establecer el lugar de la crónica en el mundo de las letras y las humanidades, muestra la importancia de aprovechar el tiempo como contenido y calidad para escribir sobre algún hecho en particular, sobre la organización de algunas circunstancias importantes, donde el tiempo resultara fundamental en la reconstrucción de escenas, para que el lector pudiera identificar en qué momento específico sucedieron los hechos.

A partir de esta primera aproximación, los textos realizados en el marco de este concepto serán, en su particularidad, relatos con referentes históricos, que incluyen a ciertos personajes en situaciones concretas, en espacios detallados y, con absoluta certeza, ejemplos de esto se pueden leer en los viajes de Colón, las cartas de Hernán Cortez, Gonzalo Jiménez de Quesada, Bartolomé de las Casas, el inca Garcilaso de la Vega, tras el descubrimiento y colonización de América, unos textos con descripciones y percepciones de la realidad de esa época, enfocados a prevalecer en la historia y en el tiempo.

La crónica, en ese sentido, será fiel a su raíz significativa; sin embargo, con el paso del tiempo, los relatos que giraban en torno a la historia fiel, detallada, verdadera, y no puesta en duda, va a girar sus ojos hacia el periodismo, como un nuevo camino de escritura y relación de circunstancias dignas de contar y narrar, que preservan el tiempo como instrumento de aprensión histórica y desarrollan, para el periodismo, información, comunicación e investigación, y para la literatura, creación y estética literaria.

De esta manera, la crónica, como género periodístico y literario, asume como labor la formulación e ideación de unas formas para que se pudieran desarrollar unos textos, capaces de prevalecer a través de los años como material de investigación para historiadores, literatos, sociólogos, filósofos, etc., al proveer una información verdadera e ingenio literario, de tal forma que cuando las personas leyeran una crónica, se pudiera identificar al cronista por su estilo propio y su forma de expresión clara, al describir lo que observa, siente e investiga, a través de una escritura concisa y particular, en que, cuando lo leyeran se reconocieran su voz y su personalidad literaria. Paula Daniela Rodríguez Olivos señala:

En la crónica, para comprender su valor literario y periodístico se podría decir que es, en primera instancia, periodística, y que con el paso del tiempo va revelando sus características literarias en esencia (La crónica en la prensa escrita, [en línea]).

Esto lleva a entender la crónica como un texto donde el periodismo y la literatura se mezclan, para constituir con ella una narración bien argumentada, lista para informar, entregada a la estética de las palabras y a la reconstrucción de hechos sobresalientes; cabe mencionar que, en su intención, lo importante radica en lograr, a partir de las palabras, reconstruir una escena, un personaje o un hecho de relevancia, para que el lector no lo

olvide y guarde en su memoria un registro detallado y minucioso de cualquier acción; así, el cronista sabe de antemano la espesura que tiene a su alrededor, que escribirla es como ir con machete en mano para abrir caminos nuevos que permitieran llegar a la morada, donde las habilidades de lectura y de escritura podrán otorgar magia y esencia a cualquier suceso. La mencionada Rodríguez Oliveros añade:

Tanto periodistas como escritores, han encontrado en la crónica el mejor y si no único espacio para comunicar a cabalidad un hecho, una situación, o aspectos de un personaje o un lugar de un modo muy distinto al de la información compuesta exclusivamente por datos...

La crónica es una serie de fotografías textuales de la realidad, que, si no hubiesen sido registradas por el cronista, probablemente se habrían olvidado al poco tiempo, cuando ya no quedaran testigos vivos de esos momentos (La crónica en la prensa escrita [en línea]).

De esta forma, la crónica puede estar presente en los lugares y momentos menos esperados para los lectores, para recordarles y enseñarles lo importante de fortalecer la memoria colectiva, como mecanismo de sensibilización y autorreconocimiento de la historia, la literatura y el buen periodismo; ante el influjo de la tecnología y la información apresurada de estos tiempos predominará la marca literaria, que cada cronista buscará hallar en su propia voz, al igual que en las otras voces, a las que pone su sentir y la narración de los hechos.

Sin embargo, hoy en día, la crónica se ha tornado más un trabajo de periodismo, que no solo se dedica a investigar sobre un solo tema o algún contexto relevante, sino profundiza en su escritura, en estilos y esquemas para poder informar sobre ciertas vivencias diarias, de forma que el lector o la persona que oye el relato se sienta cómoda y entienda de manera minuciosa lo que pasó en cierta circunstancia; por eso, surgen variantes dentro de la misma crónica, como, por ejemplo, los hechos deportivos, que se narran en crónicas deportivas; los hechos criminales, que aparecen en una crónica policial; los hechos bélicos, tratados en una crónica de un corresponsal de guerra, etc.

De esta manera, la labor del periodismo ha sido fortalecer su forma de informar sobre ciertas acciones humanas, que permiten a la comunidad comprender algún contexto sobre el que se esté narrando, y se ve que ese trabajo, en estas clases de crónicas, no deja de lado el tinte literario para conectar con las personas del común, donde no solo se tiene claridad sobre el tema, sino se revela una intención propia del cronista, en la que el asunto ético se

vuelve un problema, cuando su escritura apunta a la defensa de algunas tendencias políticas o, simplemente, expresa alguna afinidad con unas cosas y con otras no.

Un ejemplo de esto se puede ver en algunas crónicas deportivas, cuando el narrador no solo refiere el minuto a minuto del juego, sino puede apoyar, al utilizar un lenguaje indirecto, al equipo que fuera de su mayor agrado y para eso no dudará en recurrir a matices literarios y creativos para cumplir con su propósito.

Las labores de la crónica, en tal caso, serán dinamismos de los mismos escritores que, al recurrir a este tipo de texto, como camino para registrar sus pensamientos, no solo deberán manejar el tiempo y el espacio, sino la intención ética, la verdad de todo hecho, que implique dejar un legado para la humanidad; para citar a Martín Caparrós:

El cronista mira, piensa, conecta para encontrar en lo común, lo que merece ser contado. Y trata de descubrir a su vez en ese hecho común lo que puede sintetizar el mundo.

Así, el trabajo de la crónica abarcará un amplio espacio, donde cada cronista tejerá, a través de sus palabras y su intención, un nuevo lenguaje para comunicar sus puntos de vista, sus vivencias, sus inconformidades con el mundo, y que, al tener un manejo del tiempo y una hibridación en su escritura, le permitirá no solo la tentativa de reconstruir hechos reales, sino lo llevará al límite de la razón para tocar, junto con las fronteras de la literatura y la creatividad, un mundo de escritura, cargado de información y puestas en escena por parte de los implicados en la crónica, donde su autor limará los detalles de la narración periodística, que sobresaldrán de la información inmediata, de toda noticia.

En este sentido, la crónica será de un tipo más humano, que revele las características de toda crónica, donde tanto la crónica como el cronista hagan de su labor un acto para la sociedad; como cita Brenda Hernández Sjöberg, en el artículo “El arte de escribir una crónica. Figuras literarias en *Esclavas del poder* de Lidya Cacho”,

Cuando el cronista cuenta lo que ve sin dejar nada afuera, principalmente sus sentimientos, está siendo más fiel con la historia que cuenta, está haciendo una crónica más humana. La crónica quiere darle voz a lo que no tienen voz propia, aquellos que la sociedad ha marginado u olvidado por razones diferentes; dar voz a los otros es justamente la tarea de la crónica.¹

¹ Brenda Hernández Sjöberg. El arte de escribir una crónica. Figuras literarias en *Esclavas del poder* de Lidya Cacho. Recuperado de: <http://lup.lub.lu.se/luur/download?func=downloadFile&recordOid=4285158&fileOid=4285159>

La tarea de narrar, dentro de la crónica, también tendrá como propósito la sensibilización de contextos, donde la parte humana se revelara a través de ideas y sentimientos capaces de mover los terrenos de los conflictos y problemas sociales de la comunidad y que estos alcanzaran un valor literario y de memoria para la humanidad. En tal caso, el cronista contará no solo con un tema de su interés, sino con la responsabilidad de generar en el lector una afinidad humana con respecto a lo que investiga y transforma a través de su palabra y de los hechos como tales.

La labor literaria, en todo caso, siempre será la de renovar los fríos terrenos de la razón, al dar, a los escritos de cualquier tipo, vida, de manera mágica, que permita centrar el interés en lo que cada narrador y, en este caso, cronista, desee referirles a las personas que deseen informarse y transportarse al lugar y a la visión de los hechos de cualquier contexto o experiencia; se ven, también, hoy en día, un sinnúmero de relatos transformados en crónicas, donde la labor literaria ha sido una exploración nueva de la literatura y de la escritura, por parte de los cronistas, en que la voz y su estilo han alcanzado un mayor gusto y constituyen una mayor ayuda a la hora de formarse una visión sobre las circunstancias; ejemplo de ello se ve en las crónicas de Gabriel García Márquez, en el ámbito político y social de Colombia; de Roberto Arlt, en sus viajes y experiencias por territorios africanos, europeos y asiáticos desde la visión argentina; del peruano Juan Manuel Robles, en la descripción de la vida y las noticias curiosas de su país; de la mexicana Lidya Cacho, con sus crónicas sobre la trata de blancas y la prostitución en América latina, Asia y Europa.

Estas voces se han desarrollado a través de un proceso de formación y, sobre todo, de participación literaria, que les ha permitido difundir sus ideas, como también los hechos y novedades de su momento, de una forma sencilla, que le permite a la comunidad y a la población hacerse una idea más detallada sobre lo que ellos con su mano se han atrevido a plasmar en las hojas en blanco.

La crónica, en tal caso, siempre contará con un trabajo elaborado y de tiempo, donde el cronista tendrá la suerte de perfilar escenarios e investigaciones, que llevan a dar un aire a sus relatos, de tal manera que las personas puedan aprender de ella y se guarden en sus memorias; Julio Villanueva Chang dice:

Una crónica es un gran reportaje muy bien escrito, un gran trabajo de campo con entrevistas, documentos y la suerte de ser testigo y cuyo relato no aburra. Ello supone semanas o meses de dedicación, un editor cómplice del cronista, una historia en la que los protagonistas cambian ante los ojos de su autor y donde el azar actúa sobre la realidad, y también las lecturas. Todo eso es lo que yo llamo una buena crónica. (Roberto Valencia, Las 10 mejores crónicas latinoamericanas, [en línea]).

Así, el trabajo del cronista supone una vinculación no solo con la información, la literatura y la parte ética, sino con la construcción y reconstrucción de vivencias e investigaciones, capaces de hacer tangible la realidad a través de los sentidos y sentimientos del cronista, como también de la realidad y los objetivos claros ante alguna problemática, respaldada por antecedentes claros y verídicos. De esta forma, la crónica será un tipo de texto que permite navegar en él, a través de varias herramientas literarias, periodísticas y axiológicas, que hacen de ese texto algo llamativo y difícil de crear, debido a su hibridación y su estilo particular, que puede desarrollarse con cada autor; sin embargo, no se deja de lado que la formación y la educación, en este ámbito, es un proceso ligado a la sensibilización y a la paciencia de escribir y encontrar allí la talla que permita explotarlo y comunicarlo a las personas como un antecedente de situaciones olvidadas, propias e incluso dignas de admirar.

Para terminar, se debe decir que la creación literaria es un proceso de formación lectora, investigativa, de propiedad y respeto por las palabras, la dura labor de recrear espacios a través de ideas y pensamientos, lo que resulta complejo si no se cuenta con un nivel de lectura, que permita comprender dinámicas y estilos literarios capaces de hacer soñar y, a su vez, llorar. El lenguaje literario no es para cualquiera; se debe poseer disciplina para poder plasmar fotografías del mundo, a través de las palabras.

Así, este ejercicio educativo literario buscó, en tal caso, no defraudar al lector, pero, en este punto, se aclara que, si no alcanzó la realización de unas crónicas bien hechas, queda la experiencia de que la escritura no es para todos, que se debe tener espíritu y alma para poder hacer de la hoja en blanco un mundo maravilloso para los que leen y disfrutan de las buenas narraciones.

De esta forma, la intención literaria siempre ha estado de la mano con la parte educativa, ya que para enseñar un tema se necesita apreciarlo, conocerlo y aplicarlo en su raíz; el aprendizaje de las crónicas, por un lado, fue de forma personal, en la capacidad de

investigar y conocer diferentes estilos y en la intención de aventurarse a escribirlas, y, por otro lado, en contribuir a una apreciación de este tipo de escritura, para nuevas generaciones que deseen profundizar, continuar o ver como ejemplo crónicas de este tipo; sin duda, la experiencia de la escritura es algo muy personal y la temática de la crónica es un amplio espacio, para hacer de los contextos y realidades una posibilidad de escritura, capaz de hacer sentir al lector la humanidad de este mundo.

1.2 LA DISCRIMINACIÓN

“El fascismo se cura leyendo
y el racismo se cura viajando.”
Miguel de Unamuno

La discriminación, como un fenómeno social, que ha existido desde tiempos inmemoriales, no ha permitido tener una cercanía clara respecto a cuándo empezó a desarrollarse y a tomarse conciencia sobre estos hechos contraproducentes para la humanidad; sin embargo, la documentación en torno a esta problemática se podría estudiar desde los relatos bíblicos, si se centra en la superioridad entre hombre y mujer por los derechos y deberes ante Dios; de igual manera, se podría ver en los griegos bases de este fenómeno, en su relación entre amo y esclavo, donde el asunto laboral y la dignidad del ejercicio de trabajo no se compensaba mucho para el esclavo, ya que no gozaban de igualdad y justicia; de esta forma, podría remontarse al estudio de este fenómeno en la Edad Media, en su auge por aceptar y defender a la religión cristiana de unos sectores, frente al paganismo de Roma y de otros pueblos, con lo que se incurría en la limitación de la libertad de culto y en el irrespeto hacia otras formas de creencias.

Así mismo, terminada esta época y con el surgimiento de la Edad Media y el Renacimiento y el hecho del descubrimiento de América, la problemática giró su acción hacia la identificación de razas, respecto a las que los europeos se sentían superiores, frente a las nuevas culturas de estos nuevos mundos, con lo que reforzaron su estima al considerar su organización política, social, cultural, económica y religiosa, por lo que se permitieron implantar ideas y mecanismos para la conquista y colonización de estas culturas, debido al desarrollo y progreso de algunas ciencias y formas de organización; José Luis Abreu, en su texto Antecedentes de la Discriminación, señala:

El mayor desarrollo de la formulación de terminologías y estructuras ideológicas del concepto de raza toma lugar entre los siglos XVI y XVIII, que comprenden fases de descubrimiento, conquista y colonización de América por parte de las naciones europeas. En esa época, el colonialismo se convierte en la fuente principal de la formulación de ideas sobre las discriminaciones raciales. Esta es la misma percepción de la superioridad racial europea en contra de una supuesta inferioridad y salvajismo de los nativos de América. [en línea]

En el siglo XIX, con el desarrollo avanzado de la revolución industrial y las ciencias, la teoría de Darwin sobre el origen de las especies, se consagra una nueva forma de discriminación basada en el racismo científico; José Luis Abreu dice, al respecto:

El “racismo científico” alcanza un nivel máximo con la prédica de las teorías evolutivas de Darwin sobre las especies. En forma contradictoria, paralelamente a este marco teórico e intelectual que defiende las ideas de razas inferiores y superiores o con distintos grados de evolución, comienza la desaparición de la esclavitud.

De esta forma, la noción de discriminación, en este siglo, va a vincularse con los estudios biológicos y, además, el poder de algunos sectores políticos y de naciones permite realizar una distinción frente a otras esferas sociales o culturales, como, por ejemplo, el trato a las personas de color, los indígenas, las mujeres, los obreros, etc., lo que crea comportamientos de desigualdad e inequidad entre los seres humanos; en este desarrollo de ideas, el siglo XX va a ser la época cuando las naciones y los seres humanos buscaron generar pactos y acuerdos conforme a la discriminación y el racismo, debido al gran impacto de la Primera y la Segunda Guerras mundiales, con una reflexión sobre la urgencia de crear bases y acuerdos respecto a la igualdad, la equidad, la justicia y la libertad para todos los seres humanos.

De esta forma, las consecuencias que trajeron las ideologías, las teorías económico-sociales, el desarrollo científico, tecnológico y militar, permitieron analizar los derechos y deberes, como también las libertades fundamentales de las personas, frente a los organismos que ejercen control (Estados) y el manejo de las esferas sociales (poblaciones), con implementación de acuerdos y convenios entre las naciones, para no caer nuevamente en situaciones de guerra.

Así, en 1948 surge la Declaración universal de los derechos humanos que, en su Artículo 1 dice:

Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros. [en línea]

Este Artículo permite ver la importancia de la libertad e igualdad y cómo, en cualquier circunstancia, se debe generar un comportamiento ético de respeto y la correlación con otras personas; así mismo, los Artículos 2 y 7 de esta Declaración registran la importancia de evitar el trato discriminatorio y racista que llevase a la limitación de los derechos y libertades allí consagrados, lo que posibilita el empleo de herramientas de carácter jurídico cuando se produce la restricción de estos derechos.

El Artículo 2 señala:

Toda persona tiene los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición. Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, jurídica o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa una persona, tanto si se trata de un país independiente como de un territorio bajo administración fiduciaria, no autónomo o sometido a cualquier otra limitación de soberanía.

Y, a su vez, el Artículo 7 establece:

Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración y contra toda provocación a tal discriminación.

En este sentido, el manejo y la observación de tratos discriminatorias comienza a tener una nueva faz, donde las bases políticas y jurídicas juegan un papel importante dentro del desarrollo de este fenómeno social, en su razón de ofrecer protección de la ley ante el derecho a la no discriminación de cualquier índole; así mismo, a partir de 1948, se generan reuniones y proclamaciones que permiten contrarrestar la discriminación en sus distintas formas; como ejemplo, se puede leer en las Convenciones realizadas, como el Convenio 111 sobre la discriminación, de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), relativo a empleo y ocupación (1960); la Convención de la Organización de las Naciones Unidas para la educación, la ciencia y la cultura (Unesco), relativa a la lucha contra las discriminaciones en la esfera de la enseñanza (1962); la Convención internacional sobre la eliminación de todas las formas de discriminación racial (1969) y la Convención internacional para la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer (1979).

Entonces, de acuerdo a esto, se observa un avance en el estudio y la preocupación por este fenómeno social, en el siglo XX más que en otras épocas, para buscar, a través de acuerdos, generar conciencia en los países orientados a establecer cimientos jurídicos y programas que ayuden a combatir todo acto de discriminación y poder gozar de un ambiente sano de desarrollo personal. En este sentido, Colombia no es ajena a esta problemática, lo que se puede ver a través de la Historia cómo se ha establecido esa brecha entre personas que se suponen “superiores” y otras a las que se asume “inferiores”, o entre lo que a algunos “se permite” y lo que “se prohíbe”; se puede encontrar en la época de la independencia, en el plan de formación como Estado colombiano, lo siguiente, según lo señala Viveros Vigoya:

La construcción de la nación colombiana, que sucedió al proceso de independencia, asignó un papel subordinado a los pueblos no europeos, a las mujeres y a los grupos vulnerables, y excluyó a los que no se adecuaban a las características del varón “blanco” propietario, heterosexual, y sin discapacidades. Igualmente, numerosos trabajos de investigación han señalado que, a lo largo de más de un siglo, estos distintos colectivos, y particularmente las mujeres, los indígenas y los afro descendientes, han librado batallas muy importantes con sus especificidades en contra de las restricciones de sus derechos y de las exclusiones de las que han sido objeto (Viveros Vigoya, Discriminación racial, intervención social y subjetividad. Reflexiones a partir de un estudio de caso en Bogotá [en línea]).

La sociedad colombiana, a partir de esa época, configuró en su vida cotidiana ciertos patrones de distinción y exclusión para algunas esferas sociales, lo que trajo como consecuencia el maltrato y la violación de algunos derechos y libertades que cada ser humano tiene; de esta forma, la Constitución política de 1991, en su Artículo 13, expresa:

Todas las personas nacen libres e iguales ante la ley, recibirán la misma protección y trato de las autoridades y gozarán de los mismos derechos, libertades y oportunidades, sin ninguna discriminación por razones de sexo, raza, origen nacional o familiar, lengua, religión, opinión política o filosófica.

El Estado promoverá las condiciones para que la igualdad sea real y efectiva y adoptará medidas en favor de grupos discriminados o marginados.

El Estado protegerá especialmente a aquellas personas que, por su condición económica, física o mental, se encuentren en circunstancia de debilidad manifiesta y sancionará los abusos o maltratos que contra ellas se cometan [en línea].

Por consiguiente, Colombia, al ser un Estado social de derecho, ampara también los acuerdos antes mencionados, al expresar su interés por contrarrestar esta problemática a través de leyes que permitieran una relación uniforme entre todos los sectores sociales, ya que, al ser un Estado multiétnico y pluricultural, como lo expresa la misma Constitución, los problemas respecto a este asunto han existido y, a pesar de que existieran unas leyes y sentencias que buscasen frenarlos un poco, la realidad es que se ha evidenciado de muchas

formas, ha dejado víctimas y victimarios, lo que debería ser un impulso para la reflexión crítica, analítica, interpretativa y literaria sobre estas formas de pensamiento que llevaron a acciones y efectos discriminatorios.

Como se puede ver, en un intento de buscar ver en un orden cronológico esta problemática y cómo se ha manifestado y avanzado en el mundo, a través de la historia, como, también, la conformación de herramientas jurídicas y declaraciones universales, la discriminación ha sido un problema que hoy en día merece una particular atención, no solo por parte de los mismos Estados, sino una participación más colectiva de la misma comunidad, que permita reflexionar para avanzar hacia la constitución de un trato digno como personas y humanidad.

En este sentido, el estudio de la discriminación permite entenderla como un fenómeno humano y social que vulnera la dignidad, los derechos humanos y las libertades fundamentales de las personas, por lo que resulta importante combatir, en cierta medida, estos actos a partir de las reflexiones y los escenarios artísticos y literarios que permitan mostrar al hombre como a un ser con las mismas cualidades y defectos que los demás y, para ello, se necesita tomar y apreciar ciertas narraciones y experiencias por parte de personas que han sufrido este flagelo, para expresar, a partir de lo subjetivo, el conjunto de ideas y emociones que genera un trato cargado de animosidad o discriminatorio hacia algunas personas.

Ante esta situación, los tratados y convenios generados entre las naciones han surgido bajo el amparo de leyes que, si bien constituyen el respaldo jurídico y toda persona puede apelar a ellas, como medio para requerir la protección de sus derechos, el asunto educativo y cultural se queda corto, porque allí, en la misma convivencia, se deben generar estrategias para el fortalecimiento de la conciencia humana, como seres de iguales oportunidades, como, también, seres que, entre la diversidad y la diferencia, se complementan, con el fin de alcanzar una disminución de los tratos raciales y nacionales excluyentes y discriminatorios, que se presentan en ciertas circunstancias y esferas sociales.

BIBLIOGRAFÍA

Abreu, José Luis. Antecedentes de la Discriminación. Recuperado de: [http://www.spentamexico.org/v8-n1/A18.8\(1\)249-255.pdf](http://www.spentamexico.org/v8-n1/A18.8(1)249-255.pdf)

Añón, Valeria y Battcock, Clementina (coords.). Las crónicas coloniales desde América: aproximaciones y nuevos enfoques. [*Latinoamérica* 57 (jul.-dic. 2013):153-59]. Recuperado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-8574201300020007&lng=pt&nrm=iso

Constitución política de Colombia. Recuperado de: http://www.senado.gov.co/images/stories/Informacion_General/constitucion_politica.pdf

Bergero, Fabián. La crónica periodística. Recuperado de: <http://red-accion.uncoma.edu.ar/asignaturas/cronicaperiodistica.htm>

Bonet, Rubén. Literatura bajo presión. Antología de crónica latinoamericana actual, de Darío Jaramillo Agudelo, editor. Recuperado de: <http://revistareplicante.com/literatura-bajo-presion/>

Cáceres Ramírez, Orlando. Crónica periodística. Concepto y ejemplos. Recuperado de: <http://reglasespanol.about.com/od/redaccionperiodistica/a/Cr-Onica-Period-Istica.htm>

Caparrós, Martín. Por la crónica. Recuperado de: http://congresosdelalengua.es/cartagena/ponencias/seccion_1/13/caparros_martin.htm

Castillo Mier, Ariel. Las crónicas del Grupo de Barranquilla, de Alfonso Fuenmayor, veinticinco años después. Recuperado de: <http://casadeasterion.homestead.com/v6n23mayor.html>

Cifuentes, Constance *et al.* La crónica. Recuperado de: <http://es.scribd.com/doc/302749043/La-cronica-ppt#scribd>

Consejos periodísticos: Cómo hacer una crónica. Recuperado de: http://estudiantes.elpais.com/descargas/Consejo_Cronica.pdf

Crónica. Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/ayudadetareas/periodismo/per36.htm>

Crónica. Recuperado de: <http://es.slideshare.net/joemero/cronica>

La crónica: características, tipos y estructuras. Recuperado de: http://web.educastur.princast.es/proyectos/formadultos/unidades/lengua_3/ud2/12_1.html

La crónica. Recuperado de: <http://www.educarchile.cl/ech/pro/app/detalle?id=206890>

La crónica periodística. Recuperado de: <http://creacionliteraria.net/2012/05/la-crnica-periodistica/>

Las crónicas de Indias. Recuperado de: <http://especialliteraria.blogspot.com/2011/07/las-cronicas-de-indias.html>

Definición de crónica. Recuperado de: <http://definicion.de/cronica/>

Definición de crónica. Recuperado de: <http://www.definicionabc.com/comunicacion/cronica.php>

Comisión Nacional de los Derechos Humanos. La discriminación y el derecho a la no discriminación. [México: CNDH, 2012]. Recuperado de: http://www.cndh.org.mx/sites/all/doc/cartillas/2_Cartilla_Discriminacion.pdf

Ejemplo de crónica literaria. Recuperado de: http://www.ejemplode.com/41-literatura/3228-ejemplo_de_cronica_literaria.html

Hancock, Joel (org.). Crónicas literarias de Eduardo Barrios. Recuperado de: http://www.euv.cl/archivos_pdf/libros_nuevos/cronicas-literarias.pdf

Hernández Sjöberg, Brenda. “El arte de escribir una crónica. Figuras literarias en *Esclavas del poder*, de Lidya Cacho”. Recuperado de: <http://lup.lub.lu.se/luur/download?func=downloadFile&recordId=4285158&fileId=4285159>

Idez, Ariel. “Querida, vuelvo otra vez a conversar contigo”: Las crónicas literarias de Manuel Puig. Recuperado de: http://www.argus-a.com.ar/pdfs/undefinedquerida-vuelvo-otra-vez-a-conversar-conti_goundefined.pdf

Jordan, Wilfredo. Ejemplos de crónica. Recuperado de: <http://wilfredojordan.blogspot.com/2008/05/ejemplos-de-crnica.html>

Kremer, Harold. A propósito del género crónica. El taller de crónica. Recuperado de: <http://www.bibliotecanacional.gov.co/caja-herramientas/sites/default/files/recursos/Genero%20cronica.pdf>

Martinengo, Alessandro. La cultura literaria de Juan Rodríguez Freyle. Ensayo sobre las fuentes de una crónica bogotana del seiscientos. [*Thesaurus* 19, n° 2. (1964)]. Recuperado de: http://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/19/TH_19_002_074_0.pdf

Matute, Álvaro. Crónica: Historia o Literatura. Recuperado de: http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/5QMHQKF3E1UJLPVQ49Q3VQBFT1A9L7.pdf

Meertens, Donny. Discriminación racial, desplazamiento y género en las sentencias de la Corte Constitucional, el racismo cotidiano en el banquillo. [*Universitas humanística* 66 (jul.-dic., 2008): 83-106]. Recuperado de: <file:///C:/Users/MiPc/Downloads/2111-7258-1-PB.pdf>

Melo, José Marques de. La crónica como género periodístico en la prensa luso-brasileña e hispano-americana: contrastes y confrontaciones. Recuperado de: <http://dialogosfelafacs.net/wp-content/uploads/2012/01/34-revista-dialogos-la-cronica-como-genero-periodistico.pdf>

Menéndez, Marina. Las crónicas de Indias. Recuperado de: <http://lenli.wordpress.com/2011/05/25/las-cronicas-de-indias/>

Organización de las Naciones Unidas. Convención internacional sobre la eliminación de todas las formas de discriminación racial. Recuperado de: <http://www.ohchr.org/SP/ProfessionalInterest/Pages/CERD.aspx>

Organización de las Naciones Unidas. Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer 1981. Recuperado de: <http://www.un.org/womenwatch/daw/cedaw/text/sconvention.htm>

Organización de las Naciones Unidas. Declaración universal de derechos humanos. Recuperado de: <http://www.un.org/es/universal-declaration-human-rights/>

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Convención relativa a la lucha contra las discriminaciones en la esfera de la enseñanza 1960. Recuperado de: http://portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=12949&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html

Organización Internacional del Trabajo. C111 - Convenio sobre la discriminación (empleo y ocupación, 1958). Recuperado de: http://www.ilo.org/dyn/normlex/es/f?p=NORMLEXPUB:PUB:12100:0::NO::P12100_ILO_CODE:C111

Ortiz Romo, Estela. La crónica: lo que es y lo que no es. Recuperado de: http://www.uaemex.mx/identidad/docs/cronicas/TOMO%20VIII/lo_que_es_y_no_es.pdf

Rodríguez Olivos, Paula Daniela. *La crónica en la prensa escrita*. [Santiago: Universidad Diego Portales, 2002]. Recuperado de: http://www.archivochile.com/tesis/10_tmdec/10tmdec0006.pdf

Salazar Escalante, Jezreel. La crónica: una estética de la transgresión. Recuperado de: <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n47/jsalazar.html> (algunas referencias interesantes al final del texto).

Salcedo Ramos, Alberto. La crónica: el rostro humano de la noticia. Recuperado de: http://bicentenario.fnpi.org/materiales/la_cronica_el_rostro_humano_de_la_noticia.pdf

Sánchez Suárez, Benhur. Noticia, crónica y literatura. [*Letralia* 10, n° 137 (2006). Cagua, Venezuela]. Recuperado de: <http://www.letralia.com/137/articulo08.htm>

Tres definiciones de crónica. Recuperado de: formacionbiblioteca.udea.edu.co/.../Tres_definiciones_de_cronica.doc

Valencia, Roberto. Las 10 mejores crónicas latinoamericanas. Recuperado de: <http://revistafactum.com/las-10-mejores-cronicas-latinoamericanas/>

Viveros Vigoya, Mara. Discriminación racial, intervención social y subjetividad, reflexiones a partir de un estudio de caso en Bogotá. *Revista de estudios sociales*. [*Revista de Estudios sociales* 27 (ag., 2007):106-121]. Recuperado de: <http://res.uniandes.edu.co/view.php/362/index.php?id=362>

Volek, Emil. Hecho/documento/ficción: Testimonio, crónicas, el contexto como autor y otras trampas de la fe. Recuperado de: http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/11/aih_11_4_036.pdf

Wahlström, Victor. Lo fantástico y lo literario en las Crónicas de Indias. Recuperado de: <http://lup.lub.lu.se/luur/download?func=downloadFile&recordOID=1485594&fileOID=1497036>

Yanes Mesa, Rafael. La crónica, un género del periodismo literario equidistante entre la información y la interpretación. Recuperado de: <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero32/cronica.html>

Zimmerman, Mario A. (dir.). La crónica latinoamericana como espacio de resistencia al periodismo hegemónico. Recuperado de: http://humanidades.unlam.edu.ar/descargas/4_A145.pdf

CRÓNICAS Y RAÍCES

OJOS DE CURRULAO, LA FIESTA COMO EMBLEMA DE VIDA

En septiembre las lluvias afloran como jardines en primavera; el frío, la humedad y el escaso sol son los interrogantes para salir a las calles. La gente no sabe qué llevar para evitar estas inclemencias del tiempo; exponerse al clima de la ciudad se torna un martirio en el trajín del trabajo; los deberes se dificultan un poco más, ante el amarre de la sombrilla y el paso acelerado entre andenes y calles. Como bien se dice:

—Ahora sí llovió con gana. —Llovió tanto que aquel 2 de septiembre, llegué empapado al colegio, pero con la sorpresa de conocer en primera fila y sin uniforme aún el rostro de la inocencia y la picardía, junto con la desilusión y los sueños amarrados.

Llamé lista aquel día, como de costumbre y, con la mano extendida y su acento costero, uno de los nombrados me respondió:

—Aquí; sí, señor. —Lo miré de reajo y continué con el siguiente nombre; sentí sus miradas y sus preguntas, ante los trabajos y temas adelantados en clase. Terminé de llamar a todos y, entonces, él levantó la mano y, con sus ojos y manos en ademán, e intuyendo sus preguntas al acercarse al escritorio, me dijo, en voz baja:

—Profe, ayer me matricularon y éste es mi primer día. Para pedirle el favor de que me diga qué trabajos y temas debo presentarle, para ponerme al día. —Aquella pregunta, que ya la había escuchado muchas veces, en situaciones laborales, me permitió observar su preocupación por querer ponerse al día y, con una pizca de curiosidad, le respondí que en el descanso hablaríamos de eso.

Igualmente, observé, en ese instante, las miradas punzantes de sus compañeros sobre el nuevo miembro y que, entre risas y voces bajas, se escuchaba:

—El niche, mi negro, mi so, bola ocho... —El muchacho, después, me dijo que ya estaba acostumbrado a esos comentarios, lo que me llevó a pensar que alcanzaríamos una bonita confianza y se abría la posibilidad de conversar sobre algunos pormenores de su vida.

No cabe duda que se le debe poner al mal tiempo buena cara y más todavía ante los aguaceros intensos y los rayos débiles de sol. La intención de abrigarse era más que

necesaria y, ante el vaho del café y la taza sujeta a dos manos, los sorbos iban introduciendo los estallidos de calor por todo el cuerpo. El muchacho se había acercado a la cafetería y, con los ojos inclinados hacia los corredores, le indiqué que me esperara allí, mientras los tragos del café abrigaban mis ánimos un poco más. Un momento después, me acerqué a él:

—Vea, a usted sí que le gusta hacerse esperar, —fue lo primero que le escuché decir, cuando llegué al corredor; su tono de voz era una mezcla entre lo que se oye en el Pacífico y la forma de hablar de la serranía del Departamento; sus palabras se deslizaban entre sus ojos de currulao, su medio acento pastense, su porte de deportista y sus comentarios con humor malicioso, pero inocente. Le hablé sobre lo que debía presentarme; cada temática debía socializármela en tiempo de descanso y las asesorías, en el caso de que las requiriera, tenía que hacerlas en clase o durante el receso. Sus ojos, como pimpones, se movían para afirmar; no decía nada, sino gesticulaba algunas sonrisas de perlas arraigadas entre mares y montañas. Al terminar, me estrechó la mano y, con la gratitud pintada en su rostro, se despidió y me dijo:

—A donde llego, a los profesores los vuelvo recocheros; más a profesores serios como usted, espere no má'. —En medio de risas y alzando a verme con sus enormes ojos, entró a su salón.

Cuando llueve y hace sol son las gracias del Señor y, en medio de las lluvias y las siluetas del sol, los días siguieron su curso sencillo. La timidez del muchacho nuevo se había desvanecido; la seguridad y la confianza comenzaron a crecer en medio del juego y la risa; el *curuncho*, al que solo se lo veía con camisas deportivas, se paraba delante de cada profesor a saludarlo y les recordaba que ya casi tenía los trabajos listos. Se acercaba, también, a saludarme, me decía lo mismo y agregaba:

—¿Y, ahora, por qué tan serio?, ¿o es que lo dejó la novia? —El comentario, cargado de su acento particular, hacía que las risas fluyeran de parte y parte. Sin duda, el muchacho, hasta ese momento, se iba habituando a su nuevo espacio sin ninguna dificultad.

—Al que le van a dar, le guardan, —decían mis abuelos y, pasadas unas dos semanas, pude notar algunas dificultades por las cuales empezaba a pasar el muchacho; el miércoles de esa

semana, lo vi agachado, por fuera de clases y que, con lágrimas en los ojos, hablaba con la Coordinadora de Convivencia, dos compañeros y un profesor. Los señalamientos y los gestos de mal humor, preocupación y hasta indignación se notaban en las caras de todos. Al finalizar la hora, con un gesto de empatía y curiosidad por lo que había visto, lo saludé; él, con rabia y algo preocupado, frunció el ceño y me dijo:

—¿Puede creerlo? Un compañero me insulta y yo debo pedirle disculpas; vea usted, ¿dónde se ha visto eso, ¡¡¡ah!!!? —Le pedí que se calmara y que me contara lo que había sucedido. Él, sin embargo, con una mirada esquiva y los hombros alzados, me dijo:

—No se preocupe; total, ya no importa; es común que me pase esto. —Busqué la forma de persuadirlo para que me contara lo que le habían hecho y él, con un toque de humor y una mirada particular, me dijo:

—¡¡¡Uuuuuuh!!! La pregunta no es ¿qué me han hecho, sino qué no me han hecho?, —y, suspirando, se alejó para entrar a sus tres últimas clases del día.

Quedé incomodo con estas palabras, quería saber cómo un chiquillo, de unos 16 años a lo mucho, empezaba a tener problemas en las primeras tres semanas, al parecer por su tono de piel, su acento o alguna otra situación que aún no conocía, pero, a su vez, él intentaba mostrar alegría, pese a la desilusión y la tristeza de sus circunstancias; sus ánimos no se achicaban, a pesar de lo áspero que pudiera ser el asunto; y esa paciencia, mezcla de inocencia y picardía, forjada en tonos de marimba e impulsada por vientos de cordillera, hacían de él el pimpollo, sobre el que todos podían opinar y hacer chistes.

A la mañana siguiente, el muchacho estaba más tranquilo, su semblante volvía a empoderarse de sus inocentes recochas y los saludos los hacía con tono fuerte y vivaz, como los de una persona que es militar o atleta, cuasi lista para enfrentarse a los disgustos de la vida. Las picadas olas habían bajado su marea y el respeto brotaba nuevamente para él. Ese día traía una camisa amarilla, del equipo de Brasil, reflejo de la alegría y el baile arenero; recuerdo haberle preguntado en el corredor:

—¿Y esa camiseta?, —y él, de inmediato respondió:

—Yo soy hincha de do' equipos, Brasil y Colombia, de nadie má'. —Esa respuesta me tranquilizó un poco; deduje que las malas horas habían pasado y, primero, era hora de pensar en uno y seguir confiando en lo que nos gusta, que es lo que más debe importar. Al final de la jornada, cuando todo mundo, entre cansancio, risas y flojera, se disponía a irse a sus casas, el muchacho me abordó en un pasillo y, con tono desafiante, entre sus afiladas ideas, me dijo:



Figura 1. Colegio «Mundo de Praga»: estudiantes comparten con Cristian.

—A u'ted es que lo quería ver; ya le tengo to'ito preparado; diga no má' pa' cuándo, que eso se lo expongo, pa' sacar cinco; diga no má'. —Al observar cada gesto de sus palabras y el ánimo con el que pronunciaba cada palabra, acordamos que, al día siguiente, en la hora de descanso, hablaríamos sobre los temas y las calificaciones pendientes.

Toda la noche había llovido; la torrencial lluvia había caído con fuerza en las aceras y pavimentos de la ciudad; los pequeños antejardines parecían recién lavados, listos para enflorar y alargar sus raíces; el aire era menos denso que de costumbre y los leves aromas de humedad provocaban una sensación de pureza y gélido efecto en el aire. Al llegar al colegio, miré al muchacho, que traía su bolso de siempre y, en sus manos, unos rollos de cartulina; movía sus carteleras, entre las risas y la recocha con sus compañeros; cuando tocó la campana para comenzar con la primera hora, lo perdí de vista y solo me quedó la curiosidad por oír su exposición a la hora del receso.

La lluvia se desvanecía ante la aparición del sol; a las 11:20 los pasillos y corredores no estaban tan húmedos, el frío había bajado un poco entre los afanes y cambios de clase; cuando tocó la campana, me dirigí a la biblioteca y a los 5 minutos, a lo sumo, vi que el muchacho, con una gran sonrisa, se acercaba para realizar su exposición:

—Espere no má’, me alisto, y comienza a ponerme cinco en esas listas, —me dijo, con entusiasmo y afán de querer liberarse de los trabajos que le había dejado; lo observé detenidamente, no dejaba de hablar; hablaba de todo, de lo que había hecho ayer, de lo que había hecho hoy, de lo que los demás profesores les habían explicado, de sus compañeros; sin duda, se sentía una inquietud incontrolable y él no podía disimularla.

—Vamos, a calzón quitado y a la buena de Dios, —le dije, y él, bajando el volumen de la voz, como si el frío le hubiera afectado sus palabras y con inquietud todavía, empezó a hablar, comenzó a explicarme la época renacentista, la obra de Dante Alighieri, luego el barroco, una biografía básica de Miguel de Cervantes, unas narraciones escuetas de *El Quijote de la Mancha* y, por último, unas características de la época neoclásica; cuando terminó, sonrió y, con picardía, me dijo:

—A ver, veo esos 5 en su lista, —y se echó a reír.

Me reí unos segundos y, entonces, le expliqué que los nervios y el afán pueden ocasionar muchos problemas, no solo en lo educativo, sino en cualquier labor que realicemos, porque no se trataba, en este caso, de aprendizaje evaluado, aprendizaje olvidado, la idea no era esa. Me escuchó atento a las recomendaciones, acordamos la calificación y él, aún algo inquieto y poco satisfecho, la aceptó y se marchó a su descanso.

Al poco tiempo de retirarse, en medio de los juegos, la bulla y el desorden, se oyeron muchas voces, que gritaban parejo:

—¡¡¡Dale, dale, dale!!! —Me asomé desde la biblioteca, observé en la cancha un círculo de estudiantes y, en medio de ellos, al muchacho y a un chico de once, estaban amarrados con sus manos y brazos; alcancé a ver que las expresiones de rabia entre ambos eran muy evidentes; los insultos iban y venían como ráfagas de lluvia y, entonces, al tiempo observé que la Coordinadora de Convivencia, junto con dos profesores de Educación Física, iban raudos a separarlos y, luego, se los llevaron a una oficina. Una vez pasó el incidente y se reanudaron las actividades, algunos de los espectadores, en medio de las risas y la excitación, hacían comentarios sobre la pelea: alguno de los chicos dijo:

—Ese negro le pegó dos guamazos bien sentados. —Alguna de las muchachas, por su parte, comentaba:

—Parecen animales; ¡qué horrible ese espectáculo!; pero bien aprovechado ese de once. — Un sinnúmero de comentarios estalló en toda la institución, pero, más allá de esto, lo verdaderamente importante era conocer las razones que habían llevado a que se produjera esa pelea.

Al siguiente día, luego de todo el alboroto del momento, habían ido los dos muchachos con sus respectivos padres a la institución, con esa timidez y recelo cuando los padres, con solo una mirada, juzgan el comportamiento de sus hijos; luego, avergonzados y con el regaño del momento, cada uno se dirigió al salón. En el tiempo de descanso y cuando me dirigía a la cafetería, una mano se posó en mi hombro:

—¡A u'ted es que le quería hablar!, ¿si se enteró del problema que tuve?

—Sí, pero desconozco las causas.

—¡¡Uuuuh!!, las mismas cosas de siempre; me molestan por mi color de piel, mi acento y, después, no aguantan. Oiga, uno no puede permitir que le falten al respeto.

—Efectivamente, —respondí y acentué con la cabeza; después, oí muy atento los comentarios del muchacho y, en algún momento, observé que una lágrima salía de sus ojos y su voz se quebró; los recuerdos contenidos pugnaban por revelarse en sus ojos, querían

explotar; entonces, lo invité a que tomáramos algo y a conversáramos más detenidamente sobre sus problemas. En medio de los sorbos del café, la tristeza era visible; al apretar sus manos y apoyar sus codos en la mesa, el muchacho empezó a hablar:

—Oiga, yo no entiendo por qué la recocha se vuelve insulto; recuerdo que, en mi anterior colegio, una profesora de español me odiaba; u'ted dirá ¿por qué? Y le voy a contar: ella hacía preguntas de los temas que dejaba de consulta pa' la casa y cuando preguntaba y yo alzaba la mano para responder, me ignoraba; entonces, de la rabia, yo empezaba a hacer chistes con mis compañeros y ella solo me regañaba a mí, me retiraba de clases, e incluso cuando no era yo quien hacía chistes, terminaba culpándome; entonces, un día, al finalizar la clase le pregunté por qué me ignoraba cuando quería responderle y cuando yo hacía chistes ahí sí me regañaba; ella, ¿sabe lo que me dijo? Que no soportaba a mugrosos; que ese era un colegio para católicos y no tenía que dar explicaciones a gente como yo. —Se quedó callado durante unos segundos, mientras tomaba su café, y continuó hablando:

—Ahora, imagínese que, cuando salí ayer de hacer la exposición, empecé a jugar micro con mis compañeros y yo para eso sí soy bueno; entonces, estábamos jugando contra los de once y uno de ellos estaba metiendo duro; me hizo caer, me cogía de la camisa y me pegó una patada en la canilla; entonces, yo le dije que metiera suave y él me dijo:

—Negro llorón, entonces no juegues, no seas mariquita. —Seguí jugando, sin prestarle atención, cuando, en esas, me empujó y se rio al ver que caí en un charco y, al instante, me dijo:

—Párate duro, negro marica; bobo. —Fue ahí cuando me tiré a pegarle y u'ted ya ha de haber visto lo demás. —Entonces, tocó la campana, me agradeció el café, me estrechó la mano y agregó:

—Ve a qué hora termina esto.

Las semanas pasaron sin novedad; las lluvias eran lo único desafiante en el día y los trotes en las aceras eran recurrentes para todos; ya muy poco veía al muchacho; había días en los que faltaba a clases y, cuando lo veía en el salón permanecía callado y distraído; pensé en la posibilidad de generar espacios para la tolerancia y la reciprocidad, entonces programé la

presentación de una película que había visto hacía poco: *Diarios de la calle*, una película que trataba problemáticas relacionadas con la tolerancia, adecuada para la generación de diálogos, debates y la escritura de un comentario creativo acerca de ese tema.

El día de la película, les pasé una hoja en blanco a cada uno para que anotaran las escenas que más les hubieran gustado y, a partir de esas escenas, escribieran un análisis y comentario acerca de la tolerancia, al tomarlas como ejemplo. Hubo risas, comentarios, expectativas, dudas y, al final, la aceptación de la película; la mayoría se sintió motivada por el deseo de que querían sobresalir y, sobre todo, por aceptar el espacio, la opinión, la creencia y la procedencia del otro; les parecía tonto que estuvieran peleando por cosas como esas; todos, sin duda, captaron el mensaje y el valor de la aceptación y la tolerancia, pero hubo algo que me dejó intrigado; el muchacho no participó; tampoco presentó su comentario; sentí que por más ejemplos y circunstancias que se presentaran para combatir la intolerancia, todo iba a seguir igual; terminó la sesión y, cuando salí del salón, oí un grito, una voz, giré y al frente estaba el muchacho con una hoja en la mano, que dobló y me la entregó:

—Pa' no sacar uno, —me dijo y regresó a su salón; cuando la leí, descubrí que decía:

Amigo mío, bendito, —como le digo—,
Ahí dentro jamás cambiarán los demás;
Dirán cosas banales, pero jamás
Entenderán el sino del amigo.

Estuve meditando en todo el sesgo,
Atrapado en la razón de las almas,
Golpeado por todas las viles armas
Siguiendo los engaños del verdugo

Si queremos tolerancia en el mundo
Habrá que vivir con dolor y angustia,
Porque Dios no castiga ni con rejo...

Pero viviremos siempre en agobio,
Afectados en el corazón loco,
En la escena roñosa de lo bravío.

¡NO PUEDEN PASAR!

Eran las nueve de la noche y, con suerte, encontramos bus para ir hasta Antofagasta; las caras de cansancio eran evidentes ante las proezas que habíamos tenido que realizar para llegar hasta la terminal de Arica; recuerdo haber llegado con mucha hambre, pero lo importante era seguir viajando, hasta estar más seguros y tranquilos de que no volveríamos a tener problemas; subimos a las 8:55 p.m., y arrancó puntual, ni un minuto más ni un minuto menos; en el bus, un auxiliar pasaba con lista en mano:

—¿Nombre y apellido?

—Manuel Enríquez.

—¿Número de Nit?

—1.085.257.181.

—¿País?

—Colombia.

—¿Número de celular de un familiar o amigo?

—9 6494 4066, Salomé Estévez. —Íbamos cuatro amigos en el bus y todos dimos la misma referencia, pero algo me decía que el auxiliar había desconfiado de nosotros por haber dado la misma referencia, pero, luego, no le puse cuidado, pues eran diez horas de viaje y había que descansar un poco.

Pregunté la hora y eran las 2:20 a.m. cuando me despertó un policía, que me pidió mis papeles y revisar mi maleta; cuando bajé del bus, mis demás compañeros estaban con sus maletas en el piso; éramos los únicos con las maletas por fuera y a los únicos a los que estaban esperando para continuar; aguardamos, hasta que nos permitieran abordar de nuevo; al cabo de unos 15 minutos, un carabinero dio la orden:

—Están limpios, no llevan nada. —Con la cabeza mirando hacia arriba del asiento, cerré los ojos y pensé: ¡Vaya país!, ¿a qué hora fue que se nos ocurrió venir por acá?...

Llevamos más de cinco días de viaje; el 31 de octubre, salíamos de Lima con rumbo a Tacna, la última ciudad en territorio del Perú, unas 19 horas de viaje aproximadamente; teníamos que aguantar hasta atravesar la frontera. Habíamos descansado en Lima y, por tanto, era más cómodo dormir, pensar, charlar u observar el paisaje del sur del país; recuerdo varias regiones hasta llegar a Tacna: Ica, Moquegua, Nazca, Arequipa, Apurímac, todas desérticas y con matices naranjas y dorados opacos debido a la sólida capa de tierra que poseen; en cada parada, bajábamos para estirar las piernas y fumar un cigarrillo; el clima era agradable en algunas zonas, no necesitábamos de mucha ropa y la comodidad de una pantaloneta era lo ideal para esos ambientes; la carretera, en ocasiones, era muy pegada a los últimos filos de la montaña, por lo que, si llegáramos a chocar, seríamos arrojados al Océano Pacífico desde una altura de unos 100 metros o más; sin embargo, esas solo eran ideas que se me pasaban por la cabeza, pues los buses de dos pisos eran supremamente confortables; no había riesgos de que nos diera un calambre o se nos amortiguaran las piernas o el trasero; simplemente, la carretera se hacía amena con el paso de las horas. Cayó la noche y ya estábamos muy cerca de Nazca, aquella región célebre por las líneas y los pictogramas antiguos, que eran un gran atractivo turístico; el chofer decidió hacer una parada, para que se pudiera cenar y respirar un poco.

En medio de la noche, se oía a uno que otro insecto que rondaba por ahí, mariposas que revoloteaban alrededor de las bombillas, personas que ordenaban su cena, otras que caminaban y rondaban por allí; nosotros esa noche no cenamos, solo compramos unas papas empacadas y una botella de agua para el viaje, encendimos los últimos cigarrillos que nos quedaban y, entonces, una pareja joven, de tez blanca y altos de estatura, sin duda gringos, se nos acerca:

—*¡Hi! Are you going to Nazca? Where are you from? Do you speak English?* —El único que podía hablar con ellos era Nicolás, él respondió por todos y se quedó conversando un rato con ellos, mientras el resto los escuchábamos y le hacíamos muecas, mientras Nicolás, por su parte, nos traducía una que otra frase que ellos le decían; transcurridos unos 20 minutos, el chofer prendió motores, pues había llegado el momento de abordar y continuar con el viaje.

Transcurrida una hora, el chofer avisó:

—¡Los de Nazca!, —y a los gringos, que estaban dormidos, Nicolás los despertó para decirles que ya habían llegado a Nazca, por lo que se bajaron; miré por la ventana y vi que el pequeño caserío era solitario, muy poco habitado; a los gringos los vi perderse en la carretera, mientras el bus avanzaba; así, continuamos con nuestro trayecto y llegamos a una parte de la carretera muy oscura y, a mi parecer, demasiado peligrosa, pues solo se veían las luces bajas de los demás buses que llegaban por ahí; nosotros estábamos pasando por toda la orilla de la carretera, donde solo se oía el retumbar de las olas del Pacífico y el sonido de los motores de los vehículos que se cruzaban a nuestro alrededor; en esa ocasión nos ubicamos ante el parabrisas, en el segundo piso del bus; por tanto, teníamos la misma visual del chofer y podíamos percibir los riesgos que podía enfrentar el bus, ya fuera él u otro bus, si llegaban a perder el control; sentí que mucha adrenalina me recorría en ese momento y me invadió un temor extraño al pensar en si llegaríamos a accidentarnos, por lo que cerré las cortinas para ya no tener que lidiar con esas ideas y me concentré en la película que estaban proyectando, hasta cuando quedé fundido, hasta la llegada del amanecer.

Abrí los ojos y manchas naranjas se mezclaban en el cielo; no sabía dónde estábamos, solo se veían pequeñas montañas de arena y un vaho leve en las ventanas, como si hubiera llovido en la madrugada cuando estaba dormido; bebí un poco de agua y abrí unas galletas que llevaba escondidas; podría decir que ese fue mi desayuno inicial; contemplé el paisaje durante bastantes minutos, hasta que sentí que el bus fue parando lentamente; unos oficiales de carreteras ingresaron al bus e informaron que iban a hacer una requisa de rutina; bajamos y un oficial se acercó:

—¿De dónde son ustedes?

—De Colombia.

—Me indican su Tarjeta andina y pasaporte? —Miró las fechas y firmas de las tarjetas, nos hizo una que otra pregunta de rutina y finalizó diciendo:

—¿Hacia dónde se dirigen?

—A Chile.

—Que tengan un buen viaje, jóvenes. —Me pareció muy amable y cortés la forma como nos trataba; subimos al bus y le pregunté al chofer cuántas horas faltaban para llegar:

—Cuatro horas, amigo. —Unas dos horas antes de llegar, realizamos la última parada para desayunar; recuerdo que pedimos café, una cacerola, pan y queso; sin embargo, la muchacha que nos atendió, nos miró extraño y dijo:

—Solo tenemos café, pan y queso, —y nosotros con unas ganas de huevos fritos, pero, al no a haber más, ordenamos lo que había en el local; no obstante, del desayuno recuerdo que todo lo sirvieron por aparte; nos trajeron unos pocillos con agua hirviendo; una jarrita metálica, donde estaba el café líquido; los panes en un plato, el queso aparte y el azúcar y las cucharitas para revolver el café; al terminar de servir el último pocillo con agua hirviendo, nos recomendó que agregáramos muy poco café, porque era muy concentrado; igual, todos vertimos un poco del café y puedo decir que el aroma y el sabor del café valieron la pena, hasta ese momento del viaje.

Entramos a Tacna a las 12 meridiano; a la ciudad la rodeaban rocas amarillas y sin vida; intenté ver algo verde, pero era imposible; a toda la ciudad la rodeaba ese turbio color rústico; el lugar me recordaba los cuentos de *El llano en llamas*, de Rulfo; cuando llegamos a la Terminal, lo primero que todos pensamos fue en almorzar bien, porque sabíamos que, del otro lado, la comida iba a ser un poco más costosa que allí y, por tanto, debíamos ir bien preparados para pasar la frontera...

Desperté; la oscuridad y la soledad de la carretera aún nos acompañaba; no sabía qué hora era y cuánto faltaba para llegar a Antofagasta; miré a mis compañeros para ver si estaban despiertos, pero todos dormían; fue la única vez que estuvimos separados, unos atrás y otros adelante y todos con un acompañante diferente; al lado mío iba una muchacha joven, de unos veinte y tantos años, que venía oyendo música con auriculares; había notado su mirada inquieta, cuando el auxiliar nos había interrogado anteriormente. Cuando estaba mirando por la ventana, regresó a ver, una sonrisa se escapó de su rostro y me preguntó:

—¡¡Y ustedes, chiquillos, ¿de dónde vení?!!

—De Colombia, —le respondí, con amabilidad.

—¡¡¿Y qué tal te ha aparecido, Chili, tú?!! —No pude disimular mi inconformidad y solo moví la cabeza de un lado a otro, expresando algo de desilusión hasta el momento; entonces, me dijo:

—Lo decís por el paco que los requisó. —Asentí con la cabeza y le relaté lo que nos había pasado en la frontera; oyó todo el trajín con el que nos habíamos enfrentado; mostraba expresiones de horror y, cuando terminé, solo dijo:

—¡Pacos, culiaos!; ¡pero no te bajas; toda la gente no es así y ya verás que tu viaje se recompone, cachai! —Ella era Francisca Verdejo, vivía en Antofagasta y realizaba estudios de Arqueología, cursaba octavo semestre; se puede decir que fue la primera persona que nos brindó una sonrisa y una muestra de amistad sin condición, mientras llegábamos a la ciudad, y se puede añadir que, en un viaje, no hay nada como tener un amigo que lo recibiera a uno, o hacerlo en el camino, y Panchita era de esas personas capaces de sensibilizarse con el viajero y apoyar a cualquier persona que no fuera de su ciudad.

Cuando llegamos a la Terminal y pensábamos en desayunar y renovar energías, después del Calvario y los inconvenientes por los que habíamos pasado, ella, sin rodeos y con un gran espíritu, nos invitó a su casa, a compartir un rato, dejar de lado nuestra rabia y botar un poco el estrés, con comida y un buen baño.

Nos subimos al micro y esa fue la primera vista bonita y acogedora que se tuvo de Chile; a Antofagasta la rodeaba el bello Océano Pacífico; era un sitio con un clima agradable, sus avenidas muy cercanas a las playas eran enormes y, hacia el lado de los cerros opacos, cerca de los barrios, pequeñas cuevas, donde la vista se tornaba más impresionante ante la combinación de la ciudad, junto con su maravilloso puerto y los pequeños barcos cercanos a la ciudad; sin duda, Antofagasta era muy distinta de las ciudades que se había visto y eso animaba mucho más las energías de todos...

Antes, cuando estuvimos listos para pasar la frontera, el cambio de un país a otro se proyecta en las personas y en los nuevos valores económicos de las cosas; resulta curioso cómo las personas lo ven y reconocen de dónde llega el viajero; fuimos a cambiar dólares a pesos chilenos y, sin decir ninguna palabra, alguien nos dijo:

—Colombianos, cambio, cambio dólares. —Sorprendidos por eso, le preguntamos a cómo estaba el cambio; sin embargo, luego descubrimos que las intenciones de esa persona era estafarnos, puesto que realizó una multiplicación de afán y nos dijo que por un dólar nos daba 400 o 450 pesos chilenos, lo que era menos de dos mil pesos colombianos; luego de hacer las cuentas bien, nos dimos cuenta de sus intenciones, por lo que decidimos ir a otro

lugar, pues ya teníamos las cuentas claras y sabíamos cuáles eran los pesos chilenos reales que debíamos recibir, porque así como hay gente que desea aprovechar el desconocimiento del territorio, hay otros que son muy legales y humanos en ese sentido y resultan un respaldo para el viaje.

Compramos los pasajes en 2000 pesos chilenos; el recorrido era de unos 40 minutos entre Tacna y Arica; mientras uno hacía papeles en la frontera, que quedaba a unos 15 minutos, pensamos que el pasaje era cuatro veces más caro que en otros países y eso nos llevaba a apreciar las dinámicas del nuevo país. Contentos y a punto de coronar, como bien se dice, nos subimos al micro, que arrancó rumbo a territorio chileno; no se veía un alma, ni una casa en ese breve trayecto; todo era desierto y un imponente sol en el cielo, desafiante en medio del camino; poco tiempo después se vio la bandera de Chile, que se balanceaba en el cielo, lo que llenó de mucha alegría, al ver que se había realizado ese trayecto de varios días hasta llegar a ese país.

Bajamos para hacer papeles, pero había mucha gente; en ese territorio, eran dos horas más, lo que hacía que la frontera fuera un poco estrecha para pasar; nos tomamos unas fotografías con la bandera de fondo cuando el conductor hacía señales de que fuéramos, ya que había hablado con un funcionario para que todos los que íbamos en el bus pudiéramos hacer papeles rápido y entrar a Chile; estábamos en la fila y delante mío había dos peruanos, que pasaron sin problema; cuando me acerqué a la ventanilla, el funcionario dijo: —Pasaporte y Nit. —Cuando le pasé los documentos y los miró, los dejó a un lado, sin darme ninguna explicación, y solo añadió:

—¡Siguiente! —Sin embargo, insistí, para saber qué había pasado y un paco, como le llamaban allí a la policía, se me acercó y me dijo:

—Debe esperar a que todos pasen. —Mis compañeros y yo quedamos perplejos y sin razones, pues no sabíamos por qué nos retenían; cuando todos habían hecho papeles y quedábamos los cuatro viajeros colombianos, el funcionario empezó a hacer comentarios sarcásticos, groseros y xenofóbicos:

—¿Cuál es el motivo de venir a mi país? —Le dijimos que éramos estudiantes e íbamos como invitados a la Universidad de La Serena para la realización de un evento académico, pero su actitud fue aún más arrogante:

—Aquí, en Internet, no hay ninguna información de que la universidad tenga eventos esta semana; ¡digan la verdad; ustedes vienen a robar, seguramente! —Con una mirada de desconcierto, todos refutamos y volvimos a afirmar que éramos estudiantes; presentamos el carné, la carta de invitación e incluso el número de celular de uno de los compañeros de La Serena, pero eso no fue suficiente para que dejáramos de ser tachados de ladrones; luego, llamó a dos pacos y les dijo:

—Quedan rebotados, no van a entrar a Chile; llévatelos a la estación, para que esperen un bus que los lleve a Tacna. —Les pasó nuestros pasaportes y ellos, con sus bolillos intimidantes, nos dijeron:

—Colombianos, acompáñennos; no van a poder entrar. —Vi que el funcionario le dijo al chofer que no pasaríamos y él arrancó y nos dejó, con una expresión de desconsuelo, llenos de ira y con resentimiento por el trato que habíamos recibido por parte de estos funcionarios. Nos quedamos sin saber cómo carajos íbamos a entrar, ante esa xenofobia y trato por parte de esas personas.

En medio de los problemas, teníamos, claro, que buscar una solución; solicitamos nuestros pasaportes y nos los negaron, pues se los iban a entregar al chofer, al que teníamos que pagarle otros dos mil pesos chilenos para que nos regresara a la Terminal de donde habíamos partido; cada vez aumentaba nuestra indignación por el trato y el gasto inesperado que empezábamos a tener debido a no haber podido atravesar la frontera. Total, en el bus de regreso, nos tocó ir de pie, porque era el único que a esa hora regresaba a Tacna; sin embargo, íbamos tan indignados, que Nicolás empezó a decir unas groserías y la gente, algo tímida o avergonzada, nos miraba sin decir ni una palabra.

Cuando llegamos a la Terminal, algunas personas nos vieron con nuestras maletas en el piso y nos preguntaron por qué nos habían “rebotado”, pero era tanto el desconcierto que ellos mismos nos dijeron:

—Acá, los colombianos no son muy queridos, porque vienen a robar o traen drogas.

Pensé mucho en lo que nos había pasado y tenía en mente pasar por Bolivia o, simplemente, regresarme; igual, las ideas eran muchas, cargadas de rabia y de intriga, sin saber cómo íbamos a llegar a nuestro lugar de destino; entre todos, pensábamos en una forma para que pudiéramos pasar la frontera, cuando oí la voz de una mujer, que se mostraba preocupada por nuestra suerte.

Ella era María Quispe, muy conocida en la Terminal por cambiar dólares a muy buen precio; tenía un sobrino que conducía un taxi para la frontera y, cuando nos escuchó hablar, se acercó y nos dijo:

—A ustedes los rebotaron, ¿verdad? Los vi coger el bus, ¿qué les pasó? —Le contamos lo que nos había dicho el funcionario; ella un poco acongojada y preocupada, como si fuera nuestra madre, dijo:

—¡Malditos, cómo no se van a dar cuenta que son estudiantes!, pero aún les queda otra oportunidad, muchachos; a las 6 de la tarde, hora chilena, cambian los funcionarios; yo tengo un sobrino que conduce un taxi hasta allá y él los puede llevar; la carrera les vale 10.000 pesos chilenos; báñense, cámbiense, vayan lo mejor presentados que puedan; igual, él buscará a un funcionario no tan drástico, que los pueda hacer entrar, y rueguen a Dios que puedan pasar. —Pensativos y preocupados, decidimos escuchar a María; al principio, me produjo desconfianza, pues creí que era de esas personas que pedían dinero a cambio de un favor; sin embargo, resultó que sus intenciones eran sinceras; llamó a su sobrino y éste, al oír cuál era nuestra situación, solo nos pidió algo:

—En tal caso que no puedan pasar la frontera, deberán pagarme los 10.000 pesos de regreso. —Indecisos y temerosos, nos dirigimos nuevamente rumbo a la frontera. En el camino, el chofer nos iba conversando:

—Todos, en la Terminal los conocían y nadie quería llevarlos, por la carga de que los rebotaran; eso pasa muy a menudo; los colombianos son muy poco queridos en Chile, porque vienen a robar; esperemos, muchachos, que no les pongan problemas. —El trayecto se hizo igual de corto; cuando llegamos nuevamente al puesto de los funcionarios, el chofer nos recomendó que bajáramos las maletas y lo esperáramos; después de unos minutos, regresó y nos indicó una ventanilla distinta a la de hacía unas dos hora atrás; llegamos hasta allí y primero pasó Nicolás; el funcionario vio su pasaporte y nos miró a todos juntos y nos preguntó a qué íbamos; Nicolás sacó la carta de invitación y él, al leerla y muy poco convencido, a cada uno nos hizo preguntas académicas, entre las que recuerdo:

—¿Quién escribió *El Leviatán*? ¿El nombre de una obra del filósofo alemán Friedrich Nietzsche? ¿A qué se le llama o se conoce como el pequeño Einstein? ¿Cómo se reconoce la teoría Gestalt? —Con estas preguntas trataba de descubrir si éramos o no estudiantes; le

respondimos a la mayoría y, entonces, el funcionario, con un tono más amable, nos selló los pasaportes y nos dijo:

—¡Bienvenidos a Chile! —Se notó la tranquilidad en todos por haber logrado entrar a territorio chileno; cuando pasamos con nuestras maletas directo al taxi que nos esperaba, un paco, funcionario de la PDI (policía de investigaciones de Chile) nos dijo que lo acompañáramos, para una requisa.

Entramos a las oficinas de la PDI y el oficial nos pidió que dejáramos las maletas en una mesa; nos sentamos y comenzó a hablar:

—¿Ustedes saben que las leyes acá, para los narcóticos, son más drásticas? Otros países no le dan la suficiente importancia, pero acá, en Chile, el castigo es fuerte y las leyes muy rígidas para extranjeros que vienen a delinquir; en ese sentido, chiquillos, les preguntaré: ¿en esas maletas llevan algo que los pueda perjudicar? Díganme y podemos llegar a un arreglo, porque donde las revise y encuentre algo de lo que ustedes no me han dicho, los dejaré en esta frontera y no podrán continuar con su viaje. —Me sentí atemorizado como los demás; la serenidad, la calma y la seguridad del oficial eran enormes y lograba amedrentar los ánimos; sin embargo, la confianza de que no llevábamos nada que nos pudiera perjudicar era el respaldo más grande y la fuerza más visible de nuestras palabras; cuando todos accedimos a que revisaran las maletas, porque estábamos confiados de lo que traíamos, el oficial solo nos pidió nuestros nombres completos y la cantidad de dólares y pesos chilenos que traíamos; nos requisó, para ver si llevábamos algo en la ropa y nos pasó una tarjeta, en la que se leían sus datos personales y nos dijo, al finalizar:

—Cuando lleguen a Santiago, llámenme, para salir a carretear.

Salimos de la oficina y el taxista nos esperaba algo ansioso; la noche ya había caído en Chile y Perú; en territorio chileno ya eran las 8:30 p.m.; cuando subimos, el chofer nos pidió 4000 pesos chilenos más por habernos esperado; le pagamos y, en el taxi, íbamos pensando si quedarnos y descansar o continuar y avanzar lo que más pudiéramos, pues habíamos gastado un poco más de lo presupuestado y eso tornaba los ánimos algo inciertos; la verdad, solo restaba esperar que llegáramos a la Terminal y averiguar qué convenía más; cuando nos fuimos acercando a Arica, veía las luces que proyectan todas las ciudades y, al entrar, mirar los edificios y las avenidas mejor implementadas; me di cuenta que Chile

era muy distinto a Perú y Colombia; su avance económico se notaba en la inversión en su infraestructura y en el trabajo de la gente, o ese fue el primer pensamiento que tuve cuando entré a la primera ciudad del norte.

Pensamos en comer algo, pero lo único que había era comida rápida y muy cara, para nuestra experiencia; iban a ser las 9 p.m. y, mejor, pensamos en comprar los tiquetes directo a La Serena y llevar algo para comer en el camino; cuando llegamos a las ventanillas, solo había pasaje para Antofagasta y ya estaba de salida; sin pensarlo dos veces, nos embarcamos rumbo a Antofagasta...



Figura 2. Llegada a Antofagasta. De izquierda a derecha: Francisca Verdejo, Iván Jiménez, Jairo Coral y Nicolás Montilla.

Ya allí, cuando llegamos a la residencia donde vivía Panchita, desempacamos nuestras cosas; muy cerca de donde ella vivía quedaba un supermercado; fuimos a comprar algunas cosas para desayunar; era notable que allí no existían las tiendas a una cuadra; caminamos por la playa un momento, mirando a la gente que hacía ejercicio, junto al buen clima que

acompañaba; conocimos algunos de los patrimonios culturales y la línea del ferrocarril, que comunicaba con Bolivia.

Ya de regreso en casa de Panchita, preparamos el desayuno; ella nos conversó un poco sobre la historia de Antofagasta; al rato, cada uno se bañó y, con su permiso, lavamos la ropa sucia que llevábamos; algunos dormimos un rato; en la tarde, cuando ya era hora de partir, nos despedimos con un fuerte abrazo y con una gratitud enorme, diciendo:

—¡Bienvenida a Colombia!; apenas pueda ir por allá, nosotros la recibimos con los brazos abiertos; eres una parcera, como decimos allá. —Tomamos el micro que iba para la Terminal y cuando llegamos pagamos los pasajes y, ya embarcados en el bus, arrancó y cada uno iba callado; yo iba pensando en los pormenores que habíamos pasado, mirando hacia la venta y aun pensando en lo sucedido y, en ese instante, vi una pared rayada con aerosol, con una frase particular, cargada de emoción:

Fuera de aquí colombianos ladrones Ctm^{*1}

* Ctm: concha tu madre; insulto, o interjección, cuando algo disgusta.

YEIMURO: VIAJE POR LA CULTURA TUBÚ Y SU COSMOVISIÓN AMAZÓNICA

La niebla era espesa y el auto tuvo que detenerse para evitar algún accidente en la vía; íbamos cinco personas a la ceremonia, era sábado y la noche estaba lluviosa, fría y con el espesor de esa leche blanca que las montañas emanan desde sus tejidos; avanzamos muy despacio, viendo las líneas blancas y amarillas de las vías, porque las señalizaciones estaban cubiertas; los carros que venían en dirección contraria, traían las luces altas para que pudieran ser visibles; todos íbamos diciendo alguna oración, para que se evitara cualquier accidente esa noche; transcurrida una media hora, pasamos por el pueblo y fuimos directo, sin tanta neblina, a la finca, donde nos esperaban las personas que nos habían invitado.

Había oído sobre la marginación de un pueblo; no se conocía mucho, pero tenía historia, cultura y el pasado de una sociedad que, en tiempos de antes, había morado en estos territorios, como muchos otros pueblos, pero la creciente ola de inmigración desde otros lugares de Occidente y su poderío los había extinguido y aislado. Ante esto, ellos hacían el llamado, a través de ritos y ceremonias, para unir a las personas en la palabra, el canto, la danza, el rezo y la medicina. La voz de los antepasados, para cuidar su origen y preservar su futuro como pueblo protector del ombligo del mundo, era la labor que algunos taitas, abuelos, o caminantes de la palabra, hacían con las personas que se interesaban en conocer un poco más sobre el origen y la cosmovisión de la nación tubú.

Entramos a esa finca alrededor de las 8:40 p.m.; saludé a la persona que nos había invitado y al taita que lideraría la ceremonia esa noche, con su medicina y palabra; dentro había más personas esperando que la ceremonia empezara; me acomodé en un mueble tal como los demás, en espera de que diera inicio; en ella, había personas de otro lugar: estaba un austriaco gigante, flaco, callado y pensativo; un cachaco alegre, expresivo y ansioso; un mexicano, rudo, tranquilo y sereno; dos ecuatorianos, tímidos, ansiosos y pensativos, y los demás asistentes éramos del Departamento de Nariño, conocidos algunos y otros nuevos,

que no había visto nunca; saludé a algunas personas y pregunté cómo era la ceremonia que íbamos a tener; ellas solo me dijeron:

—El *yeimuro* es fuerte, pero no se espante; es una planta muy especial y sabedora. — Inquieto por un momento y preocupado por mi verdadera intención de estar allí, me pregunté si encontraría un hecho que me permitiera escribir algo sobre lo que estaba investigando; no tuve más que esperar y encontrarme con el material de este texto, que desarrollaré lo más que pueda sobre un pueblo y un espíritu rechazado por el hombre y hasta por la misma naturaleza.

A las 9:30, las voces y el murmullo de la gente empezaron a disminuir; el señor Imika dio inicio a la ceremonia, agradeciendo a todas las mujeres por acompañarnos en este mareo de la vida, como muchas veces le oí mencionar; respetaba mucho a la mujer, porque era esa fuerza y era ese orden, que tenía que preservar la conciencia de su rol en el universo; también, agradeció la presencia de las personas que por primera vez se hallaban presentes y extendió una invitación a tener más conciencia sobre las cosas de la vida; igual, agradeció a todas las personas que lo acompañaban y al dueño de la finca, por prestar el lugar para esos encuentros con la palabra.

Cuando terminó de dar los agradecimientos y el silencio se apoderó por un momento del lugar, mientras él prendía un cigarrillo, comenzó diciendo:

—Tubú es una nación, persona odiada y bastarda; frente a una propuesta de Occidente, nos volvemos bastardos por decir las cosas de manera diferente y esas expresiones hacen ruido y estorban. —Me parecieron sencillas y poéticas las palabras con las que describía a su pueblo; el rechazo era visible en sus ojos y en el tono de voz, al referirse a una cultura que no les había permitido ser lo que son; estas ideas y muchas más se me venían a la cabeza, mientras él siguió hablando:

—Para los que no conocen nuestra ubicación, nosotros geográficamente estábamos ubicados en el Río Apaporis, en los límites entre el Departamento del Vaupés y la Amazonia; allí queda nuestra nación; si nos quieren ir a visitar, somos los “*duisi*”, que, en nuestra lengua, significa los guardianes de la libertad; somos una nación caminante. — Todas las personas, con gran respeto, escuchábamos las palabras que, del humo y la voz de

él, salían; explicó que una de las cosas que se debía tener en cuenta en esa ceremonia era que, con el tabaco y la medicina que posteriormente recibiríamos, todos debían hacer preguntas y dejar algún mensaje digno de que escucharan los demás.

Con esta aclaración que él mismo hizo, el miedo y la incertidumbre, por un lado, de no hablar, y, por el otro, de hablar algo digno de enseñanza, puso a todos a pensar sobre las verdaderas razones por las cuales nos encontrábamos allí; Imika, con su palabra, mientras muchos pensábamos, explicaba la labor de la mujer a través de varios estados que, en su nación, se consideraban esenciales y necesarios para su formación, potenciación y sabiduría; para ser más claros, la palabra *tubupera*, que en un momento mencionó, propia de la nación tubú, se refiere a la columna de una maloca; representa a la mujer guerrera, verraca, inteligente; es la decisión e imposición como mujer, es la mujer que toma sus propias decisiones.

Cuando se escuchan esas palabras, en total silencio, en medio del humo, y con tanta precisión, uno se da cuenta delante de quien está hablando; Imika continuó con su palabra, aclarando, en ese rol de la mujer, el cuidado del territorio; en pocas palabras: cada ser humano tiene su propio territorio, tiene tierra y agua, la que se debe cuidar: si ese territorio se violenta, hasta ahí llega el respeto y ahí comienzan el uso de la autoridad y la violencia. Mucha información salía de su boca, era como una Biblia que refiriera los significados de la existencia y que indicara hacia dónde era mejor caminar; no era un discurso cargado de paz y armonía; más bien, se cargaba de realidad, desde el hecho del maltrato y las intolerancias por parte de los hombres con los mismo hombres; cada palabra era un piedra volcánica que destellaba de luz y caía con fuerza en las razones para que se entendiera nuestra existencia y se curara, a partir de la palabra, nuestro afán por sobresalir sin medir las consecuencias.

La noche fue pasando muy agradable, través de la palabra; muchas personas entraron en confianza y comenzaron a preguntar; otras compartían comentarios sobre algún altercado que habían tenido; un comentario digno de mencionar y muy curioso fue el del mexicano presente; cuando pidió la palabra, su aspecto rudo y desafiante cambió indeciblemente; su voz en tono de respeto y de admiración por Imika, en cuanto a honrar a su nación y la

planta que, con posterioridad, nos brindarían, era un acto que logró una total atención de parte de todos; comenzó diciendo:

—Muy agradecido, Imika, por su presencia en esta noche; quiero contarles algo particular que me pasó con el *yeimuro*; en la anterior ceremonia, yo era muy poco creyente sobre la fuerza y el espíritu de estas plantas; había tomado yagé, yopo y peyote allá en mi tierra, pero no tuve conexión y efecto alguno; cuando probé el *yeimuro*, la mente se me despejó; no miraba nada, pero sentía, escuchaba, palpaba cada rayo de energía que ella me transmitía; confieso que sentí miedo, pero ella misma me mostró un nuevo camino; había estado perdido en la espiritualidad, pero ahora reconozco la importancia y la esencia de cada una de estas plantas y, para los más machos, siempre habrá algún fulano que nos arrebató la vida, y esta planta me arrebató el espíritu y me regresó al verdadero palpitar de mi existencia; le agradezco Imika y valoro mucho a su nación y a ti como persona. — Cuando terminó de hablar, el silencio nuevamente se expresó; a Imika, cuando hablaba una persona, solo se le escucha una onomatopeya peculiar, pronunciada de sus labios, como si dijera:

—¿Y qué más te pasó? —lo que causaba risa y, así, la noche se hacía mejor para todos, pues se deslizaba en medio de las risas y los vahos del silencio.

Es preciso señalar que, cuando terminó de hablar el mexicano, muchos vasos pasaban por las manos de cada uno de nosotros; la ceremonia, que se efectuaba en un *mambeadero*, tenía eso en particular: el diálogo, por un lado, y, por otro, la bebida, la comida e incluso se fumaba algún tabaco, mientras otra persona hablaba. Según Imika, dentro de la cultura tubú, ellos fueron los primeros en realizar una ceremonia donde han incluido varias plantas, entre ellas el yagé, el san pedrito, el peyote, el tabaco, la planta denominada ganjah, el licor, la cerveza y la comida en medio de la ceremonia; esa noche, se debe indicar, los vasos que pasaban por las manos de cada uno de nosotros contenían chicha, cerveza y un licuado de maíz fermentado con piña, que era el alimento, y su medicina, el *yeimuro*, que después compartiría; todos probábamos y compartíamos de esos vasos, en medio del silencio y la noche, que apenas estaba comenzando.

Un ecuatoriano, en medio de ese respetuoso silencio, también habló, cuando por sus manos pasaba el tabaco:

—Imika, igualmente agradecido por sus palabras y el conocimiento; quiero compartirles una experiencia que tuve con el tabaco: resulta, que viajé a la selva del Perú en busca de una visión y, en mi camino, decidí comprar un rollo de tabaco, porque yo trabajo mucho con esta planta; cuando llegué a Quito y empecé el proceso de consumirlo y realizar curaciones con él, a la hora de consumirlo empezó a dolerme la cabeza; el dolor era muy fuerte y fastidioso, tanto que dejé de utilizarlo; preocupado por no saber qué hacer, consulté con una abuela el problema de ese tabaco y ella me dijo que el tabaco no estaba curado; que la persona seguramente solo compra y vende, sin saber si está o no curado; ella, obviamente, en ese momento lo curó y me recomendó que tuviera cuidado a quién se compra o se recibe el tabaco; es así, amigos, como ahora, cuando tengo este tabaco acompañándonos en esta noche, los invito a tener cuidado y respeto por estos seres, ya que, cuando no se los usa con conciencia, o no se sabe por qué manos han pasado, pueden causar mucho daño. Así que gracias, Imika, por compartir este tabaco, que tiene ese rol de curar mareos y sanar pensamientos. —Imika le agradeció esas palabras y agregó:

—No solo con el tabaco hay que tener cuidado, sino con todo lo que hagamos en esta vida.

Muchas personas entraron en confianza; después de varios comentarios, comenzaron a preguntar y a hablar e incluso yo, con la inexperiencia en esos espacios, intentaba interiorizar, alcanzar cierta coherencia con mis ideas y dar una opinión sobre esos encuentros; la conversación se tornó muy amena, entre todos, entre risas, el compartir de experiencias y las casualidades de la vida, pero lo más importante era la conciencia que empezaba uno a tener respecto a aspectos poco tratados dentro de la vida de uno, y eso edificaba mucho más los pensamientos que estaba buscando.

Luego de varios minutos, Imika tomó la palabra y comenzó diciendo:

—*Yeimuro* viene de “ye”, guardián, abuelo, guía, y “muro”, tabaco, guerrero; esta planta es el camino, el guía, que nos permite apreciar, de manera mejor, nuestra existencia. —Al tiempo que explicaba el significado de la planta, realizaba un rezo; la devoción y el respeto que observaba despertaba curiosidad, a mis ojos; observaba alrededor y todos, en trance de

meditación, proyectaban su energía y su actitud hacia la planta, como una gratitud anticipada, por los dones que posteriormente recibirían para su vida y sus pensamientos; la escena era de total admiración, ya que, en ese momento, la luz de la vela que, en medio de la oscuridad, allí estaba, comenzó a titilar, como si realmente el espíritu de la planta empezara a manifestarse de alguna forma en ese lugar.

Luego del rezo, en tono humorístico, nos dijo:

—Los abuelos dicen que si uno va a una fiesta y alguien lo saca a bailar y usted se niega, entonces es mejor que se hubiese quedado en su casa; ¿pa' qué ir a una fiesta, si no va a bailar? Así que el que vino a la ceremonia a no bailar, pues se fregó, porque a todos los voy a soplar... —Muchas risas se mezclaron con el comentario de Imika; el *morundi*, que estaba a punto de ofrecernos, era tabaco en polvo que, con anticipación, aceptaríamos antes de recibir el verdadero *yeimuro*; lo compartía a través de un soplador hecho de palos de juco, que tenía una entrada para soplar y una salida, que iba a los orificios de la nariz; en una conchita, vertió el *morundi* y, de derecha a izquierda, pasaba por los puestos, rezando el tabaco y soplando fuertemente, hacia cada persona.

Cuando llegó a mi puesto, me recomendó que tomara aire por la boca e intentara aguantar lo que más pudiera; puso el soplador en mi nariz y, algo nervioso, y sin saber si era lo adecuado, sopló; un ardor y una picazón fuerte sentí desde la nariz hasta la cabeza; el aire me faltaba, una serie de estornudos explotaron en mi puesto, un mareo y un dolor de cabeza se regó por todo mi cuerpo; mis ojos, enlagramados, solo veían hacia Imika, que estaba listo para soplar el otro hoyuelo de la nariz y esta vez lo sentí más suave, respiré con suavidad y recosté mi cabeza en el mueble, en espera de que mi cuerpo asimilara lo que Imika había mandado por mi nariz.

Unas náuseas leves sentía, después de unos cinco minutos; los primeros efectos habían pasado y, ahora me concentraba en respirar; mi presión bajó un poco y una especie de energía y vibración recorrían todo mi cuerpo; tenía ganas de vomitar, pero me contuve, hasta que esa sensación pasara; cerré los ojos por unos momentos y sentí que el cuerpo, algo inquieto, pedía agua, pero no ingerí ni probé nada; solo esperé hasta que el efecto que se había desatado se fuera calmando poco a poco; mientras los demás recibían el *yeimuro*,

hubo una persona que, casi de inmediato de que la hubieran soplado, salió a vomitar; su reacción fue casi instantánea; yo solo oía un largo rugir de las tripas y un grito de llanto, que me estremeció, hasta el punto de llegar a pensar qué estaría sintiendo en ese momento.

Cuando a todos nos había soplado, Imika invitó a realizar una danza, que consistía en la primera danza que su pueblo había bailado en este plano, como se le oía decir; *wapiri* es el nombre de la primera danza tubú, efectuada como agradecimiento a su existencia; todos nos paramos y formando un círculo y hacíamos compases de dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás, en giro en torno de un mediano círculo, que todos constituíamos, mientras se entonaban unos cantos ancestrales, propios de la nación tubú.

Se debe decir que, hasta ese punto, los efectos del *yeimuro* habían pasado; la danza la hice consciente y no puedo decir que experimenté sensaciones extraordinarias, como, de pronto, les oí que señalaban otras personas, que tuvieron hacia ella una mayor sensibilidad. Bailamos durante unos 15 minutos, a lo sumo, y, luego, descansamos para seguir conversando sobre las manifestaciones y las sensaciones que la planta hasta el momento había expresado a cada uno, personalmente.

Sin embargo, cuando todos nos sentamos, la vela se había apagado durante nuestros danzares y la oscuridad era más opaca; todos nos callamos, como si estuviéramos a punto de recibir algún tipo de visión, de información o de percepción sobre lo que estábamos haciendo; hasta Imika guardó unos minutos de silencio, para dar oportunidad al contacto o acercamiento a hechos extraordinarios o a ideas excepcionales que nos permitieran tener una fluida conversación sobre algún tipo de suceso que fuera digno de mencionar y de aprender; sin duda, el *morundi*, hasta ese momento, conectaba en las ideas de cada uno de los de allí presentes.

Así, *diroamaza* llegó a la boca de Imika como un granito de arena para esta búsqueda de narración y crónica; las palabras que salieron de la memoria de Imika eran expresiones de exterminio y de rechazo por parte de otras culturas distintas a ellas; en palabras de Imika:

—A tubú lo iban a eliminar y, en lugar de ello, lo multiplicaron y lo ampliaron y, por tanto, había surgido una nueva nación, denominada *diroamaza*. —En sus palabras, pude captar un conjunto de recuerdos y de pesares ante las manifestaciones de otras naciones occidentales,

que llegaron hace mucho tiempo para transformar sus hábitos y sus culturas, pero jamás su espíritu, perteneciente a la naturaleza de su territorio, *diroamaza*, para ser un poco más concretos; lo que explica Imika:

—Es toda persona que no tiene la fisionomía de tubú, pero su base y la información de su existencia es desde tubú. —Muy específico resultaba Imika cuando decía estas palabras, porque, en esos instantes, nos señalaba a nosotros como los miembros de *diroamaza*, unas personas que buscaban registrar, cuidar y proteger su territorio a través de la palabra, la memoria y el contacto con las plantas que tubú se había arriesgado a conocer y a tratar a lo largo de su existencia, pero, por una propuesta de rechazo, de exterminio y eliminación, lo que había quedado era una nación ciega respecto a su territorio y a su espíritu.

Mucha información y mucha memoria compartía Imika en esos momentos de la noche; sentía lágrimas en su corazón y, a su vez, esperanza; no determinaba, en medio de la noche, agradecer por el espacio y por las personas, la comodidad de su ser; eso se vio proyectado en la confianza de enseñar su cultura; el respeto por la palabra de todos era importante; decía, al finalizar cada oración:

—Cada uno debe respetar y tolerar el territorio del otro y, con el *yeimuro*, sanar nuestro pensamiento e ideas. —No puedo negar que mis ideas de gran vehemencia y admiración; su forma de existir consistía en un viaje de sanación; en medio de una cultura casi perdida, Imika representaba muy bien las tradiciones y las creencias de la nación tubú y, más aún, compartía su cultura de forma particular, sin necesidad de que cayera en una religión; hasta ahí, mis ideas eran de mucho respeto y era muy importante representar no esos rechazos de una persona, sino de una cultura capaz de brindar sabiduría y conciencia sobre la vida misma, pero este relato no termina aquí.

Mientras Imika compartía su palabra, de su mochila sacó un frasco, un néctar, el *yeimuro*, que iba a entregar a todos; comenzó a rezar y todos, en total silencio, esperamos que hiciera su trabajo; pasados unos 10 minutos, a cada uno nos dio tres gotas en la boca y señaló que en ese momento sentiríamos mejor las palabras y la fuerza del *yeimuro* y su gran poder como planta. Me quedé pensando en eso y no dudé en que estaría exagerando y solo lo decía porque deseaba bromear o hacer chistes.

Cuando todos recibimos las gotas de la planta, Imika entonó unos cantos, con el fin de llamar al espíritu; hasta el momento, mi mente estaba relajada, pero sin experimentar ninguna visión o sensación; pensaba en la exageración de Imika, miraba a mi alrededor y muchos solo veían la luz de la nueva vela y, por ratos, querían seguir el canto que Imika entonaba; nos acompañaba, me miró y se acercó para preguntar si estaba bien; desde luego, mis palabras fueron muy breves, para preguntar si era usual que sintiera lo que estaba sintiendo y que, la verdad, no me sentía muy bien; entonces, sacó de su mochila una loción y me pidió que inhalara hondo, para que disminuyeran los efectos.



Figura 3. Danzador del Yurupari, del río Apaporis, Imika Tariu.

Mis manos, que no podía mover muy bien, culminaron el intento de llevarlas hasta mi nariz y, durante unos momentos, mi cuerpo se recuperó un poco; estirado en el piso, al lado del mueble, rogaba para que esos síntomas se me quitaran, porque eran insoportables, muy fuertes de sentir; pasados unos instantes, volvieron con más fuerza y, aunque la ceremonia ya había terminado, llamé a Imika y no dudé en pedir su ayuda, para que eso se me quitara; él, un poco preocupado, sintió mi corazón y me dijo que tenía unas leves palpitaciones de taquicardia; al tomar en cuenta que yo sentía que mi corazón quería estallar, veía a mi alrededor y descubrí que era el único que había quedado así; de modo que me retiró el buzo y la camisa, porque mis brazos no respondían, y realizó una curación a mis manos, brazos, espalda, pecho y abdomen; algunos curiosos, que esperaron a que amaneciera, veían a Imika cómo realizaba la sanación conmigo y, la verdad, fueron de los momentos más incómodos que superé, porque todos los ojos estaban posados en mí.

Cuando terminó de realizar la sanación, los síntomas se calmaron un poco, pero puedo asegurar que era tanta la energía de mis percepciones, que ni lo que hizo Imika logró sacarme del estado en el que me encontraba; entonces, esperé y, por mi cuenta, empecé a manejar el asunto y, con unos tragos de agua que tomé y la respiración que realizaba, con el fin de que todo lo que estaba sintiendo y pensando se calmara un poco, ahora había llegado a entender la palabra mareo, porque, en verdad, ese estado era muy parecido al que se produce cuando se está mareado y sin sentido, pero al hallarme sin la mínima fuerza para realizar alguna acción que permitiera desechar ese mareo, comprendía lo que significaba el rechazo, el irrespeto, la incredulidad, y se afianzaban más mis ideas sobre la tolerancia y la observación de las cosas.

Amaneció y mi estado seguía siendo el mismo; algunos amigos se acercaron a preguntar si ya había bajado de mi viaje y la cosa no resultaba tan sencilla de responder; lo cierto es que sentí los síntomas hasta las 9 de la mañana y, entonces, le pedí a mi hermano que me llevara a un puesto de salud cercano, porque me imaginaba que algo no estaba bien debido al tiempo que había pasado y a las manifestaciones de mi cuerpo, que pedían una atención inmediata, debido a la sensación de debilidad, mareo, hormigueo, calambre y síntomas de taquicardia que sentía, junto con un fuerte temor muerte; ellos, por su parte, me persuadieron, y el austriaco, que toda la noche había permanecido despierto, me habló y me

decía que esos síntomas eran normales y que yo me veía muy bien; él, sin embargo, preocupado por mi vida, se responsabilizó y me aseguró que él mismo me llevaría a un puesto de salud si yo me desmayaba o si mi color de piel se opacaba; total, no había mejoría y mis ganas de que eso pasara comenzaban a desesperarme; por último, lo único que pedí, ya invadido por el miedo y el temor a la muerte, fue que me llevaran a una cama para que pudiera descansar; me pararon, porque, a decir verdad, no podía caminar y, cuando llegué a la cama, cerré los ojos y sentía como que mi corazón se fuera a salir o a detenerse, hasta que caí en profundo sueño y se perdieron, frente a mis ojos entreabiertos, sus imágenes, de personas que me miraban con rostros de inquietud.

Luego, cuando desperté, mi cuerpo reaccionó con normalidad, la cabeza ya no me daba vueltas y el corazón ya no se sentía que quisiera salirse del pecho; mis ánimos, un poco intrigados con lo que me había pasado, estaban mucho mejor; saludé a todos los que me habían visto así y ellos mismos afirmaron que todos mis síntomas habían pasado; resultaba curioso constatar que todo lo que había sentido, el temor a la muerte, las ideas que tuve respecto a la planta, se habían encauzado; no creí en todo lo que me había pasado; quise agradecer a Imika, pero él ya se había retirado; me quedé con muchas preguntas, las dudas se intensificaron y solo persistía la experiencia y toda la información y sensación que sentí debido a aquella planta, que Imika compartió.

Así, para concluir, se debe señalar que tubú no era solo una nación aislada, por querer conservar su cultura; tubú era una expresión del temor que cada uno guarda y la fuerza que se tiene, día a día, para afrontar esas problemáticas y temores; ya no diré más y, a la persona que leyera esto y no me alcanzara a entender, le indico que lo podría llegar a entender, como yo lo entendí, cuando navegase en estas aguas de misterio y sanación, donde escapan al dominio de toda razón.

LA TAJADA DE SAN ANDRÉS

Madrugada

Desperté a las 04:40 am; el torrencial aguacero había espantado al motociclista que me llevaba a la terminal; 05:30 am, a medio tinto, salí en busca de un taxi; llevaba todo conmigo; incluso un poco más de lo habitual, por si la gente lo requería. Cuarto para las 6, fui el antepenúltimo pasajero en a bordar; dos minutos después, se completó el cupo; iba a buena hora, a pesar de salir tarde; la buseta arrancó y el cielo no tenía ánimos de dejar que brillara el sol.

A las 06:40 am, íbamos por El Encano y mis ideas empezaron a alborotarse; trabajaba en un proyecto de fomento a la lectura y la escritura en el valle de Sibundoy; esa mañana iba por primera vez a desarrollar mis talleres y el primer municipio era Santiago; los lugares: escuelas y colegios de la cabecera municipal y de la zona rural; me habían dicho que todo estaba listo y solo tenía que ir, aplicar el taller, tomar fotografías, llenar listados de asistencia y regresarme; el trayecto era de una hora y media o dos y la jornada iba a comenzar a las 08:00 am. Por tanto, era necesario llegar puntual y realizar mi trabajo de manera cómoda.

El cristal de la buseta venía empañado, no podía ver La Cocha y todo el trayecto, hasta llegar a un páramo, fue borroso para mis ojos; eran 5 para las 7 cuando divisé, en las montañas, un cartel de bienvenida; a medida que iba bajando, el cielo comenzó a aclararse; la lluvia solo era de Nariño, la selva del Putumayo empezaba a observarse; de pronto, una emisora interrumpió mis pensamientos:

—En Manantial Stéreo, son las 7 en punto de la mañana. —Y, al rato, un boletín de noticias regionales, que informaban sobre las situaciones del Alto Putumayo; miré a todas las personas y observé que quedaron preocupados con la noticia.

—Este jueves 27 de abril se llevará a cabo la marcha, para exigir al gobierno nacional el desayuno y el almuerzo para los niños y jóvenes de las instituciones educativas.

—Invitamos a maestros, estudiantes, padres de familia, a concentrarse en la vía principal y a hacer presencia, de manera pacífica, para exigirle al gobierno nacional preocupación y atención a los colegios que, desde enero, no han podido contar con la alimentación de los estudiantes — oí que decía un vocero, con respecto a la noticia.

Muchos comentarios surgieron en la buseta; la inconformidad de la gente era visible en sus ojos y yo, recién llegado a esas tierras, empezaba a preguntarme si contaría con suerte en Santiago; me habían dicho que todo estaba listo, pero las noticias y, sobre todo, las que tenían que ver con escuelas, me preocupaban demasiado, debido a mi trabajo.

A las 7 y 40 am, la buseta pasaba por un puente, donde, en un letrero, se leía “Río Negro”, y un par de vueltas más allá, se hallaba el letrero de “Bienvenidos a Santiago”; me bajé en la alcaldía municipal, llamé a Nelly, que vivía ahí y trabajaba en la logística; ella era la encargada de presentarme con las docentes y rectores de las instituciones en las que iba a trabajar.

Mañana, 08:05 am

Con las noticias frescas en mi cabeza, no dudé en preguntarle a Nelly sobre la situación, en Sibundoy, cuando llegó.

—Está complicado, te cuento; ojalá solucionen pronto, porque dicen que van a hacer un cese de actividades, hasta que haya soluciones.

—¿Esto afecta a Santiago?

—Hasta ahora no, pero, por acá, la gente es tenaz, te cuento. —El aire de Santiago era fresco y la humedad se sentía un poco; cuando llegamos al Colegio Ciudad Santiago, la rectora nos vio y nos hizo esperar un rato, hasta que se desocupara de un asunto interno del colegio; pasaron unos 15 minutos y se acercó:

—Usted viene de Pasto, ¿verdad?

—Sí; un gusto saludarla.

—¡Ajá!, pues, la verdad, estoy preocupada; ayer, con los encargados del proyecto, tuvimos una discusión, porque no me parecía que 18 millones de pesos, destinados al proyecto, no

alcanzaran para hacer una dotación de libros para las escuelas rurales y, aparte, en vez de contratar personas de la región, pues, sin despreciar su trabajo, viene usted, que no es de aquí. —No supe qué contestar; miré a Nelly y, algo enredada, trató de explicarle que ya habían quedado en algo; la rectora continuó:

—Espero hayan traído refrigerios, —y nos indicó el aula en la que trabajaría.

Cuando quedé a solas con Nelly, para organizar el aula, me explicó lo que pasaba:

—Don Mauricio y don Orlando estuvieron ayer aquí, hablando con esa señora, porque yo, precisamente ayer en la tarde, vine a cuadrar tus horas de trabajo y, cuando llegué, me dijo que no sabía nada de ningún proyecto; entonces, llamé a don Orlando y él trajo listados y fotos de la socialización de hace unos meses atrás, y medio se convenció y empezó a poner problemas: por los talleres, porque exigía una dotación; don Mauricio le explicó que, dentro del proyecto, no estaba contemplado entregar dotaciones, sino era un proyecto de formación cultural para la comunidad. —Me pasaron muchas ideas por la cabeza, mientras terminó diciendo:

—Igual, ya está solucionado; no te preocupes; la gente de aquí es así, quiere que todo le regalen y exigen y rechazan cosas que no les gustan; hasta a uno, que es de acá, no lo quieren o le arman problema.

Comencé mi taller a las 08:30 am; las caritas pintadas de los niños de Santiago me permitían apreciar el legado cultural e indígena que poseían; me gustó ver cómo, de niños, no tenían esas ideas que los grandes de su pueblo tenían, o lo que me había comentado Nelly, y pensaba, al mismo tiempo de leerles, en la administración de los recursos para este proyecto y me llenaba de inquietudes ante la buena fe y voluntad de los talleres que estaba desarrollando.

Al terminar el taller, Nelly les pasó su refrigerio y los niños, contentos, se fueron a su descanso; organizamos el salón, le agradecí a la profesora por brindarme su espacio y traté de despedirme de la rectora, pero ella estaba en una reunión, por lo que el Secretario me despidió por ella, mostrando más educación y respeto por el trabajo que se estaba haciendo en la institución.

Salimos de la institución y Nelly llamó a dos motos y, al poco tiempo, vinieron por nosotros para llevarnos al Colegio Madre Laura, ubicado en el Corregimiento de San Andrés.

Mañana, 10:50 am

Llegamos a la institución y el coordinador, muy amablemente, nos recibió, pero nos tenía una noticia inesperada: el padre rector no daba permiso para adelantar las actividades hasta que no hablara con nosotros; me pareció extraña esa situación; pensaba, mientras el coordinador hablaba por teléfono con el padre.

—El padre ya llega; está en el pueblo; espérenlo, a ver qué les dice. —Nos invitó a pasar a un salón y esperamos ahí; Nelly me habló sobre la mala disposición de la gente; nuevamente, los comentarios sobre apatía, rechazo y prepotencia por parte de la gente salían de sus labios; la oía atentamente, hasta cuando miré el reloj y vi que había transcurrido una media hora y el padre nada que llegaba; pensé en llamar a Orlando, pero seguí esperando, pues quería saber por qué el padre no nos permitía desarrollar el taller.

De pronto, un carro gris oscuro llegó y el coordinador nos apuró, antes de que otra persona lo interceptara y no pudiéramos hablar con él; en ese momento comprendí que el padre no quería hablar con nosotros, sino, simplemente, no quería que desarrolláramos las actividades.

Cuando me acerqué, una pareja le estaba pidiendo la bendición y un permiso para desarrollar una jornada de payasos para los niños, con la intención de recolectar unos fondos; cuando terminó de hablar con ellos, le dije:

—Padre, muy buenos días; ¿cómo ha estado?

—Muy bien, gracias a Dios; ¿qué se les ofrece?

—Padre, aquí un poco preocupado, porque no hemos podido desarrollar los talleres, porque nos dijeron que usted pidió hablar con nosotros.

—No los conozco; disculpen, pero no los conozco; ¿quiénes son ustedes?, —dijo, con severidad y algo de asombro. —Mi sorpresa fue inmediata; allí mismo, Nelly le explicó que

éramos los talleristas que veníamos a desarrollar las actividades relacionadas con un proyecto, de parte de la alcaldía municipal.

—Yo soy muy amigo del alcalde y él no me ha informado nada de ningún proyecto. —Mi sorpresa ahora era mucho mayor, y más cuando, delante de nosotros, saca el celular y se pone a hablar con el alcalde y empieza a caminar; mi primer pensamiento fue sobre el proyecto; sin embargo, se puso hablar sobre el carro y de otras cosas más personales, caminando, y nosotros atrás de él, pues esperábamos una respuesta con respecto a los talleres; entonces, me le paré enfrente, para cercarle el paso, y le pregunté que cómo hacíamos para desarrollar los talleres.

—Deben traerme un oficio personalmente, explicando el objetivo, y ya. —Se despidió, apresurado, y nosotros quedamos en medio del parque, al frente de un templo en construcción, sin saber qué hacer.

—Vamos, —le dije—; pensé que ya les habían socializado.

—Sí, todo estaba listo; yo no sé por qué el padre dijo eso.

—Seguramente, no le informaron cómo era.

—No, don Orlando llamó a la profe encargada; muy raro todo esto, pero le contaré a don Orlando de esta situación con el padre. —Nos despedimos del coordinador y, con una cara de tristeza, nos dijo:

—Perdón, muchachos, pero donde mandan, así sea que manden mal, no puedo hacer nada.

—Con eso lo había dicho todo, por lo que nos despedimos y caminamos hasta el pueblo, porque el tiempo de trabajo nos había sobrado y nuestras caras largas se notaban en la ida en vano a un lugar donde no nos conocían; caminamos como 25 minutos y, cuando llegamos al pueblo, me regresé preocupado y molesto por el trato que nos habían dado y, por lo que decía Nelly, la mala disposición de la gente. Me despedí de Nelly y esperé una buseta para dirigirme hacia Pasto; en esa ocasión, solo fueron cinco minutos y ya estaba camino arriba, mientras pensaba en los pormenores.

Pensaba en la actitud del padre, un ortodoxo, prepotente, que más que cultivar el amor al prójimo, lo único que hacía era mandar y dar órdenes, porque era la figura católica del

municipio y le tenían un gran respeto; besarle la mano al padre era como sentir la bendición de Dios y eso nadie lo podía cuestionar, porque era una figura de poder, igual que el alcalde, los militares e incluso algunos directivos de instituciones educativas, que se creían superiores porque tenían un puesto de trabajo mejor que otras personas; eso me imaginaba y pensaba, mientras regresaba, y no estaba tan lejos de la realidad, pues, dos días después, cuando debí regresar, comprobé que mis pensamientos, por muy exagerados que parecieran, veían con claridad la realidad de esa localidad.

Miércoles 26 de abril 4:40 pm, Pasto

Había recibido una llamada, por parte de Nelly, para informarme que no había hecho aún el oficio; la llamada resultó ser para que yo la hiciera y se la mandara; acepté de mala gana, porque, la verdad, no era mi tarea hacer ese oficio. Comencé a redactarlo; a los 15 minutos, me llaman y me dicen:

—Ya no; don Orlando ya la tiene lista, que él ya la envía. —A media carta, la dejé y me concentré en otras cosas; cerca de las seis de la tarde, como no había recibido respuesta, programé una actividad en otra parte, para el día siguiente; ya confirmada la actividad, a las 06:15 llama don Orlando para decir que ya está todo cuadrado y que al día siguiente me esperaba, en la mañana; molesto, le contesté que no podía y él, con un tono de vas o vas, me dijo que no había de otra, de modo que no tuve más remedio que cancelar, para poder atender ese asunto y tratar de salir rápido de eso.

Jueves 27 de abril 9:30 de la mañana, Santiago

Llegué a Santiago alrededor de las 09:30 am; Nelly aún no llegaba, por lo que me tocó esperarla un rato; llevaba conmigo nuevamente mi material y vaya que si pesaba su poco; el clima estaba fresco; Nelly era medio despistada, a veces, y la llamé para recordarle el pendón y, precisamente, me dice, que a eso se había regresado, por eso estaba un poco demorada. Cuando, al fin, llegó, le pregunté qué había pasado.

—Ya está todo solucionado; don Orlando habló, ya le envió la carta por correo y esperemos no tener problemas.

—Excelente, —respondí.



Figura 4. Parroquia Santiago Apóstol y parque central. Santiago, Putumayo.

10:10 de la mañana, Institución Madre Laura

Llegamos a la Institución a esa hora de la mañana; los muchachos estaban en descanso y de nuevo el Coordinador nos recibió amablemente.

—¿Cómo les va, muchachos?

—Muy bien; gracias, profe, —le respondí.

—¿Cómo les fue con el padre, ya arreglaron ese asunto?

—Sí, —dijo Nelly—. Ya le enviamos el oficio por correo.

—Entonces, espérenme llamo al padre, a ver dónde los ubicamos. —Cuando vi que el Coordinador hablaba con el padre, solo se le escuchaba decir sí, sí, repetidas veces y, de inmediato, pensé que las cosas no estaban bien.

—Oigan, me van a tener que perdonar, pero el padre dice que no le han enviado ningún oficio y no les puedo dar autorización para que hagan sus talleres; sin embargo, espérenlo, para que hablen con él, porque está en camino. —Tocó la campana y todos los niños pasaron a un patio grande, que tiene la institución; ahí estaban las dos personas de la vez anterior; disfrazadas de payaso, se presentaban ante los estudiantes; a los pocos minutos,

llegó el padre; Nelly se le acercó y él, con un tono arrogante e inquisidor, soltó chispas por esa bendita boca:

—A mí no me han traído nada personal; usted quedó en entregarme el oficio y no lo he recibido; aquí no van a venir a dictar talleres, de yo no sé qué, con mis estudiantes. ¡¡¡Hasta luego!!! —Nelly quedó asustada con las palabras del padre; yo, en cambio, me exasperaba con la actitud inhumana de este señor, de modo que, ahí mismo, decidí llamar a don Orlando. Le conté sobre la situación y le dije que viniera personalmente a hablar, o que me buscara otra escuela rural, porque no estaba bien venir a rogar por dictar unos talleres, que eran completamente gratis. Estaba furioso y, caminando de un lado para otro, esperé hasta que llegara don Orlando con el oficio.

Cuando llegó con el oficio, en medio de las inclemencias, rechazos y malos tratos por parte del padre, resultó que el padre lo conocía; cuando lo saludó, le intentó explicar de qué se trataban las actividades; el padre, sin dejar su arrogancia, caminaba de un lado para otro, con una multitud al lado que lo seguía, que incluía al mismo don Orlando, hasta que, pasado un tiempo y de paso en paso, don Orlando, afanado y también vehemente nos dijo:

—Listo, con ellos toca así; con la gente de acá toca así, porque son muy desconfiados.

—Y, entonces, ¿ya quedó todo listo?, —le pregunté.

—Sí; lo que pasa es que él no sabía que yo estaba involucrado en el proyecto y, entonces, me pidió el favor que me hiciera cargo yo, porque con el alcalde no se lleva muy bien. — Abrí los ojos más de lo normal y un pensamiento me brotó de pronto, cuando dije:

—¡Este padre sí es una mierda, porque muy claro le oí decir que era amigo del alcalde, y ahora afirma que no! —Don Orlando solo hizo un gesto de ¡qué más da!, lo importante es hacer las actividades; un poco disgustado, le insinué sobre la pérdida de tiempo y, ya con el oficio firmado, nos dirigimos hasta el Coordinador que, muy cordial como siempre, nos dijo:

—Eso sí, ahora sí; yo no puedo hacer nada, hijitos; si yo mandara aquí, esto fuera otro cuento; ese mismo día hubieran hecho sus actividades; entonces, me llaman cuando van a venir y yo, con mucho gusto, les gestiono el curso y el espacio para que trabajen.

Muy comedido, me despedí de él y regresamos al pueblo. Don Orlando no dejaba de hablar de las actitudes que tiene la gente de Santiago y algo muy curioso que le oí decir fue:

—La gente de acá no quiere trabajar, sino que le regalen todo, y para los que mandan; cuando ven proyectos, si no se les comparte una tajada, también empiezan a poner problema, y eso lastimosamente fue lo que nos pasó acá.

MI PARTIDO SE RESPETA

Y llegué a Panoyas y vi que la vía para ir a Taminango estaba pavimentada; me alegré mucho, pero, apenas subí al carro, un hombre oriundo de El Tablón me contó la siguiente historia y, pese a mi ingenuidad de pensar que toda la vía estaba pavimentada, 45 minutos de recorrido en vía destapada fueron suficientes para entender que el pavimento solo era una ilusión y, a unos 5 kilómetros, más allá de Panoyas, la carretera se turbaba y el polvo resplandecía como sol en verano.

Resulta que, para épocas de elecciones municipales, José participaba activamente como militante en el partido liberal; según su punto de vista, era el partido con más aciertos y más inversión que hubieran hecho en la comunidad de Taminango. Defendía a capa y espada los ideales de su partido; de eso uno se daba cuenta, cuando lo comparaba con otros partidos y proclamaba que no serviría para ser de otro partido, sino solo del liberal. Trabajaba adelantando procesos de formación en torno al cultivo del café, el maíz, el fríjol y el plátano; tenía alma de agricultor y conocía muy bien su trabajo; explicaba con seguridad en qué épocas era mejor cultivar y qué estrategias se debían seguir, como también qué materiales tener en cuenta para sacar una buena cosecha. Sin duda, el espíritu campesino florecía en sus palabras y la forma como contaba ciertas experiencias era interesante, desde el punto de vista de su profesión y sus ideales políticos.

Al comenzar el año 2016, José trabajaba como jardinero en una escuelita de El Tablón; había conseguido ese trabajo gracias a sus conocimientos en la agricultura y a sus amistades políticas, que habían salido ganadoras en épocas anteriores, y que, de alguna forma, vinculaban a personas militantes que fueran leales y fieles a los principios del partido liberal. Cuenta que en anteriores gobiernos, liderados por el partido conservador, a muchas personas no las tuvieron en cuenta, debido a su escasa educación y a la prepotencia que mostraban los funcionarios públicos, que le sacaban el cuerpo a personas que iban a la alcaldía a pedir alguna ayuda como recompensa por haber contribuido con votos, pero la cruda realidad era que se hacían los de la vista gorda, porque los intereses comunitarios no eran principios en la gobernanza de este partido y el desarrollo del municipio se había estancado debido a la mala administración por parte de los gobernantes.

Para mala suerte de José, en marzo de 2016, la escuela cambió de directivos y, con ello, algunas cosas dentro del plantel educativo; resultó que las nuevas cabezas administrativas eran de ideales conservadores y eso a José le preocupaba, porque eran razones de peso para que, a él, en muy poco tiempo, lo retiraran de su cargo, por ser militante del partido liberal. Él mismo señalaba, en repetidas ocasiones, el rencor y la enemistad que se producía en cualquier oficio al hablar y debatir acerca de ideales políticos, ya que cada quien defendía sus intereses, los que le otorgaba pertenecer a cierto partido. Sin embargo, para el mes de abril, las nuevas directivas le habían dicho a José que ya no requerían de sus servicios, debido a la falta de presupuesto, y, por tanto, la adecuación y cuidado de los árboles y plantas del establecimiento educativo los harían a través de campañas ambientales, donde los niños fueran los que hicieran ese trabajo.

—Pero, ¡¡¡qué va!!!, —exclamó. Simplemente lo hicieron a un lado, lo excluyeron por tener ideales y militancia en el partido liberal; tiempo después, pudo corroborar esa información, cuando, en una reunión de conservadores, logró enterarse de que le habían asignado su cargo a un simpatizante del partido conservador, pues necesitaban a personas que estuvieran de acuerdo con el gobierno y que no cuestionaran las administraciones y los contratos que se generaban y se realizaban desde lo público. Necesitaban seguir gobernando, de acuerdo a sus necesidades, y beneficiar a los que se lo hubieran ganado por su participación activa en el partido.

José se quedó sin el trabajo y, desde aquella vez, afianzó más su compromiso con el partido liberal, pero teniendo en claro algo: no excluir, o dejar de lado, a alguien por simple política, o por intereses laborales chuecos; siempre por la mente se le pasaba el beneficio comunitario, donde todos pudieran verse comprometidos en trabajos, ayudas, programas de interés social, cultural o educativo. Sin embargo, él sabía que la política se movía así y los intereses y las palancas jamás se dejarían a un lado en estos casos.

—Mire ahí... Usted... —Una montaña se veía colorida, con sus casitas campestres, rodeadas de cultivos y vegetación:

—Hace unos años atrás, —cuenta—, no existían y muchos vivían en chozas o en casas de barro, como hoy en día se ve en El Manzano; nadie se preocupaba por la suerte de aquellas

personas; sin embargo, así, en esas condiciones, ellos lo único que hacían era seguir cultivando y bajar a la carretera para que los llevaran a vender sus cosechas los domingos, día de mercado.



Figura 5. Taminango, en medio de cerros y vegetación.

Sin embargo, un alcalde de ideales liberales fue una de las primeras personas que contribuyó e invirtió en el mejoramiento de vida de esa gente, al construir casas y adecuar las vías para esa población, —agregó José—; ningún gobierno conservador ha querido que Taminango y sus Corregimientos crezcan; no les conviene que la gente piense, que la gente se eduque, que la gente reclame sus derechos; al contrario, prefieren que se queden allí y, así, poder hacer de la suyas, pero el liberalismo, por el contrario, quiere eso, libertad; que la gente aprenda, se eduque, para que puedan aportar a la solución de sus necesidades y tener una vida digna y que esto crezca para bien. —Lo notable de todo esto, era oír a José; su preocupación por el municipio y la gente y su gran pasión por el partido liberal.

Aunque era de escasos estudios, sabía muy bien cómo se manejaba un poco la política a nivel práctico; agregaba que a los habitantes de El Tablón no los tenían en cuenta en algún evento deportivo porque no tenían un polideportivo donde los niños y adultos pudieran practicar cualquier clase de deporte; hace unos tres años, a lo sumo, habían construido el

primer polideportivo, del que, desde una parte de la carretera, se puede observar la forma ovalada del techo.

—Esto gracias a personas que pensaron en la gente y sus necesidades y, muchos de ellos, personas que trabajan para el pueblo, —decía José.

Hoy día, José se mueve de un lado a otro, en busca de apoyo, con la intención de fomentar talleres y actividades relacionadas con la agricultura:

—Es de suma importancia que los niños y los jóvenes conozcan, también, sus raíces en torno al campo, porque así pueden contribuir a fortalecer esta tierra y este campo, y qué mejor que hacerlo desde las escuelas, donde se puede hacer seguimiento y formación. También, pensar que es necesario que muchos jóvenes salgan con pensamiento crítico en la política, para que puedan militar de manera activa y en pro de la gente; si es necesario, que la misma comunidad se dé cuenta de todo lo que esta tierra puede dar y así dejar a un lado la miseria y la escasez de algunas zonas. No es por nada. El Manzano es uno de los más atrasados y la gente, como no sabe leer ni escribir, no pueden reclamar y exigir sus derechos; pero debemos, siempre, pensar en progresar como pueblo, —decía José, cuando ya llegábamos al pueblo.

Al llegar a Taminango, me dijo su número de contacto, para cuando deseara ir a El Tablón y poder conversar un poco más sobre la situación; se interesó por el trabajo de lectura y escritura que hacía en la biblioteca pública; afirmaba que la lectura era indispensable para poder obtener un buen puntaje Icfes y poder pelear un cupo en alguna universidad. De cualquier manera, era agradable oír a un alma campesina, que trataba de defender su territorio a través de la educación, la cultura y la economía. Esa mañana nos despedimos y cada quien siguió su rumbo.

Al llegar, a la biblioteca, todo estaba listo para comenzar, pero, en un momento, una persona de unos 60 años se me acercó y conversó acerca de la biblioteca; resultó que era un antiguo alcalde, que esa mañana llevaba a su nieto al taller de lectura. Salimos un rato al portón y, al ver la placa de la biblioteca que, en la inscripción decía Doctor Andrés Pastrana, añadió:

—¡Qué tiempos aquellos!; yo fui el único alcalde que traje al presidente de ese tiempo; él nos dejó esta biblioteca y, si él se volviera a lanzar a la presidencia, votaría sin pensarlo por él.

LA LUZ VERDE DEL PATIO 2

Para 2008, uno de mis mejores amigos de esa época había perdido a su madre, la única que ponía orden y respeto entre todos sus hermanos y familiares. Sin duda, la mamá era el centro de todo; ella era la luz, el foco, que permitía que se siguiera añorando una vida distinta, a pesar de la pobreza y promiscuidad de la vida miserable que traía ser niño, sin escuela, casa, futuro que soñar y, ahora, sin una madre que apreciar.

David, a pesar de no tener esos recursos primordiales para crecer dentro de las oportunidades, no se dejaba vencer y, así, con el dolor dentro y con 14 años de edad, entró de aprendiz en los talleres de madera y carpintería que había en el barrio, para salir adelante. Como si a la vida no le fuera suficiente dolor la pérdida de su madre, como una maldición que no parara, el trabajo de las maderas se puso pesado, tanto que, en marzo del año siguiente, lo despidieron y no tuvo oficio ni camino que andar.

En junio de 2009, desafortunadamente no tuvieron para pagar la deuda acumulada de la renta y, a él y sus hermanos, los echaron como a perros, sin ninguna compasión, a la calle, a la deriva, ante la mirada de los vecinos, los malos comentarios, la cruda y cruel realidad de ser rechazados.

Ese año se mudaron a un barrio lejos y peligroso del sur. La renta era más barata y cómoda de pagar y, con ello, poder subsistir un poco más en ese infierno de comenzar desde cero. A mi amigo, muy poco lo veía y, de vez en cuando, se daba una vuelta por el barrio; nos saludábamos, charlábamos y dábamos vueltas en busca de aventuras y cosas que hacer; la poca niñez que viví con él, me enseñó un poco más a valorar lo que tenía y, conforme fue pasando el tiempo, nos fuimos alejando cada vez más.

Había conseguido un nuevo trabajo, al igual que sus hermanos y, por esa razón, no frecuentaba mucho el barrio; la última vez que lo vi había cambiado un poco; sus ideas ya no eran las mismas y el ánimo de meterse en problemas de pandillas se reflejaba un poco en su nueva vida.

Hacia el 2010, me mudé de casa y no tuve la oportunidad de despedirme de él. Nunca más lo volví a ver. Mis siguientes años pasaron sin ninguna comunicación y, pese al recuerdo

que me traía consigo su amistad, intentaba localizarlo, pero me era imposible; ni con redes sociales que, hace poco, entraron en auge y trajeron facilidad para establecer un contacto, aparecía. David parecía que se hubiera borrado del mapa o había cambiado de ciudad o, simplemente, la muerte prematura le había llegado, por andar como gallito de pelea.

Sin embargo, una noche de mayo del 2015 recibí un mensaje; era David, que saludaba y preguntaba cómo había estado; la felicidad me invadió y, con gran aprecio, hablamos del tiempo que había pasado, de la familia, de las bromas y locuras de niños, de todo ese tiempo que habíamos disfrutado siendo mocosos, con sueños de ser grandes. La amistad era como al principio y las bobadas surgían de acuerdo con el avance de la conversa.

Aunque hablamos de todo un poco, cuando le pregunté dónde había estado todo ese tiempo, con tono desgarrador y sin ningún prejuicio, o rodeo, me respondió que, en la cárcel, acusado de homicidio; a decir verdad, la noticia me tomó por sorpresa; sentí culpa, por haber descuidado una amistad; las emociones que rodearon ese hecho fueron inefables que no dudé en proponerle una reunión, para poder hablar sobre lo que habíamos pasado. No obstante, nuestras vidas habían estado tan separadas que, cuando nos encontramos, después de mucho tiempo, éramos dos personas muy diferentes de las que habíamos sido cuando niños, con la nostalgia y el sinsabor de las cosas que deja la vida; un abrazo no bastó para entender que éramos dos completos extraños que íbamos a hablar sobre un episodio desafortunado en la vida de alguien, con recuerdos de la infancia que introducían algo de familiaridad y, a la vez, mucho de lejanía y olvido.

El centro penitenciario de Pasto, para el 2015, pasó a estar a cargo del capitán Luis Fernando Daza y, dentro de sus labores como recién llegado a la ciudad, estaba buscar apoyos y alianzas que permitieran mejorar las condiciones tanto de los guardias como de los internos. Para esa época, las noticias sobre el hacinamiento y la falta de recursos para las cárceles era un problema que afectaba a todo el país, y Pasto no era la excepción.

La capacidad de la cárcel, para ese año, de acuerdo a los datos del capitán Daza, era de 565 internos; sin embargo, los registros eran de 1387 internos, con un desborde del 139%, de modo que los internos debían dormir en los pasillos y otros esperar a un acuerdo judicial o administrativo para que pudieran cumplir su condena en casa. Las condiciones ásperas por

las que pasan los internos eran un problema que David hubo de experimentar, de forma tal que la situación era muy diferente a como lo detallaba el capitán Daza; éste admiraba el orden y la convivencia de los internos, ya que debido a personas líderes, como el capitán las llamaba, en la cárcel había orden y eso facilitaba mucho más el trabajo de los guardias, que son personas que, en este trabajo, deben aguantar groserías y malos tratos por parte de familiares e internos, por cumplir con su trabajo y con las órdenes emanadas de sus superiores.

David, por un lío de faldas, tuvo que enfrentarse a puñal con otra persona, donde lastimosamente —cuenta él—, era su vida o la del otro pelado; en ese momento, le dio tres puñaladas, todas en el pecho, lo que le ocasionó muerte instantánea y, para David, un recuerdo que marcaría su vida para siempre. Había cumplido los 18 años; a las dos semanas, después de haber puesto la denuncia los familiares del occiso, lo capturaron en la casa y, luego de la audiencia y de estar unos días en la Unidad de Reacción Inmediata, lo trasladaron al centro penitenciario o, como él diría, la perrera.

Era mayo de 2012 y David ingresó a la perrera, a un cuarto, físicamente dañado, con dos miaderos y un baño para defecar; un lugar sucio, deplorable, y con olor a miados y a mierda. Todo interno debe pasar por ahí; es el primer lugar en la cárcel; se debe esperar a que los guardias hagan un registro sobre cuándo el interno entra y cuántos meses debe permanecer ahí; le dieron 24 meses de cárcel; cuando le realizaron el registro, en el papel le otorgaban patio, pasillo y celda, para pagar su condena, al igual que a todos los que habían llegado ese día. Una vez terminado el registro, el Patio 2 era el lugar donde, por los siguientes dos años, debía soportar el calvario de enfrentarse a una dura realidad, que apenas estaba comenzando.

Cuenta David que, cuando ingresó al Patio 2, el miedo, el desespero y la timidez se apoderaron de él; resultó que no había celda y su lugar solo era un pedazo de pasillo, que debía defender y pelear durante las siguientes semanas.

—Al principio, muchos internos, que llevaban años ahí, se muestran como tus amigos y te dicen cómo se mueve todo ahí dentro; luego, te descuidas y te roban o te arman pelea por cualquier pan, —dijo él.

No pudo dormir las primeras dos semanas; el insomnio era mayor que el sueño y la tranquilidad; el primer día lo golpearon por haber ocupado un pedazo de pasillo, lo amenazaron y lo insultaron y le advirtieron que, si volvía a suceder, la pasaría peor. Sin embargo, los consejos y la orientación de los “líderes” del patio era defenderse como fuera y hacerse respetar en medio de toda esa gente.

Los días pasaron y a David se le volvió una costumbre ahí dentro pelear y darse a respetar, para tener un lugar donde tender su colchoneta y su cobija y poder dormir cada noche, aunque las peleas eran constantes por robos, por insultos, por filas y pedazos. Había leyes internas, donde “los plumas”, personas que habían estado ahí durante más de 25 años y se las consideraba los jefes de los patios y, para el capitán Daza, los líderes de los patios, eran cuatro personas, unos catanos, que mandaban y realizaban todo tipo de negocios, desde la venta de un minuto de celular hasta cualquier tipo de droga que desearan. Ellos gozaban de ciertas comodidades, televisión, cama, celda, voz y voto para decidir quién se queda y quién no en el patio. Simplemente, los plumas manejaban todo respecto al Patio 2.

Los primeros cuatro meses, David padeció de todo tipo de ansiedad; las condiciones de convivencia eran desastrosas, los insultos y maltratos por parte de los internos y de los guardias eran pan de cada día; la personalidad cambiaba de acuerdo con las amenazas y las condiciones del patio. El estrés y la depresión eran tan recurrentes que la mejor forma de pasar el sinsabor del encierro era fumando marihuana, después de bañarse y tender su cobija a un barrote y quedarse allí por horas, hasta que tuviera que hacer la fila para el almuerzo.

En muchas ocasiones, tuvo problemas por la comida con el rancharo, persona que hasta los mismos guardias denotaban en el lenguaje interno de la cárcel; este era el que daba la comida; a veces era justo en su trabajo y otras veces se la montaba a los internos; simplemente, se quedaba con alguna porción de arroz, algún pedazo de carne, algún vaso de jugo; la idea era joder, tratar mal, debido a las mismas condiciones de aislamiento o, sencillamente, por asuntos personales.



Figura 6. David, al año de estar en la cárcel.

Cerca de las 2:00 de la tarde, pasan la cena y a las 3:00 pm vuelven al encierro, donde todos vuelven a discutir, a tener problemas por el pedazo de pasillo, por alguna crema dental, cobija o zapatos robados. Sin embargo, en la noche, muchos se reunían a ver televisión en la celda de los plumas o se armaban su calillo y, tapados con sus cobijas, se alejaban de ese infierno terrenal y despertaban al otro día muy temprano, a sentir el frío y la monotonía de la celda.

Aunque prácticamente todos los días eran iguales, los únicos realmente importantes eran los sábados y los domingos, días de visita; el alivio y el contacto con sus familiares era la fuerza que muchos alcanzaban para soportar otra semana más de encierro y de problemas ahí dentro. David era muy agradecido con su abuelo, desde cuando se enteró y lloró por la suerte de su nieto. Sagradamente, estaba allí todos los sábados para visitarlo; ni sus hermanos, que de vez en cuando iban, se preocupaban tanto por él. No obstante, no dejaba de haber peleas e insultos, pero, con la presencia de familiares, nadie recurría a una agresión física, sino hasta el lunes, cuando los plumas daban una orden.

Cuenta David que, todos los lunes, los plumas se reunían y les decían a todos los internos del patio:

—¿Quién va a pedir luz verde?, —lo que se hacía por algún problema que se había ocasionado el fin de semana o durante la semana. Algunas enemistades y situaciones de convivencia presentadas se las solucionaba con peleas a puñal; desafortunadamente, David recuerda que un lunes tuvo que “pedir luz verde”, porque había llegado un nuevo prisionero y, durante toda la semana, se la montó, hasta el punto de cogerlo de coima; el estrés y la rabia que llevaba por dentro se convirtieron en otra causante de buscar ayuda y, en este caso, recurrió a los jefes del patio para que, junto con los guardias, arreglaran una pelea, con el fin de poner fin a esa situación.

Hay un lugar especial en el patio, donde no hay cámaras, y ese era el ring en el que David iba a ganarse el respeto o su larga labor de coima para el interno nuevo. Sin embargo, él había adquirido mucha experiencia en ese tipo de peleas, tanto que solo 10 minutos fueron suficientes para que le ocasionara dos cortes al contrincante y quedara liberado de toda opresión y maltrato.

Muchos pedían luz verde por esa situación y, eso, digamos era el alivio de los mismos internos, por la carga del encierro y la depresión que se revela allí dentro. La convivencia era de locos, pero era la única forma de poder generar orden y respeto en el patio, aunque, en otras ocasiones, no siempre funcionaba ese espacio de pelea. Los plumas, para casos mayores, donde el caos y las peleas no se resolvían, mandaban a personas, conocidas como “los camioneros”, que tenían toda la libertad para agredir y golpear físicamente a un

interno, simplemente porque generaba malestar y mala convivencia entre sus mismos compañeros; lo golpeaban tan fuerte, entre unos seis, que, al día siguiente, después de salir de enfermería, los ánimos bajaban un poco y el Patio 2 seguía dando ejemplo de buena convivencia, para las estadísticas de los guardias.

Cuenta David que el capitán Daza, en los procesos adelantados hasta su llegada, realizó algunas cosas muy buenas, debido a que personas externas a la penitenciaría realizaban trabajo social con los internos, lo que les permitía rebajar su condena. En este caso, a condenados que se dedicaran a aprender y a hacer un oficio, como artesanías, panadería o ebanistería, etc., o, igualmente, estudiar, se les rebajaban dos días de condena; a esto se sumaba, también, la intervención de la Defensoría del Pueblo, con talleres y charlas acerca de los Derechos Humanos, para que pudieran gozar de espacios y de distracciones, para que su mente estuviera ocupada y no pudieran pensar en el encierro, una gran labor que muchos aprovechaban y otros desafortunadamente no. Sin embargo, muchos de esos procesos se quedaban a medias, por irregularidades que se presentaban en la institución, que tenían que ver con factores económicos, por un lado, y, por el otro, con el marcado analfabetismo y la ignorancia de los internos.

Allí, David cursó los grados octavo y noveno de básica secundaria; estudiaba de miércoles a viernes, de 2 a 4 de la tarde; sin embargo, las condiciones no eran muy favorables, ya que muchos de ellos no contaban con las herramientas escolares necesarias para un buen desempeño.

—Aun así, era preferible estar una hora estudiando, —cuenta—, que una hora encerrado. Muchas veces oyó las charlas sobre Derechos Humanos, que se daban de vez en cuando. Muy de sorpresa llegaban y eran un chiste para todos; la ignorancia y la falta de interés, mezclados con la presencia de las drogas y el encierro, no eran muy provechosas que digamos, lo que desencadenaba una serie de burlas, silbidos, bulla y falta de atención, y pasaba a ser tiempo perdido para los talleristas, aunque una hora menos de encierro y de calvario, en el pasillo, para los reos. —David, debido a la experiencia y el aprendizaje en el trabajo con maderas, cuando se inscribió a ebanistería, laboraba duro, con el fin de sacar unas camas, que le remuneraban con pagos a los familiares, aunque muchas dudas y

comentarios salían de esos talleres, porque muchos aseguraban que toda esa plata no llegaba a manos de los familiares y se quedaba en poder de los guardias.

A pesar de eso, el tiempo invertido en elaborar camas era mucho más significativo que estar en el patio o en el pasillo, desesperado y con la probabilidad de fumar y quedarse ahí perdido todo el día. En cualquier caso, la buena fe de los programas educativos y los trabajos técnicos queda inconclusa cuando no hay más compromiso y apoyo por parte de entidades estatales que deseen rehabilitar realmente al prisionero, para la sociedad.

Para épocas navideñas, la tristeza y la amargura de los recién llegados era notable; la ilusión y comodidad de compartir en familia esas fechas especiales, como son la Nochebuena y el fin de año, eran un tormento para todos y, para David, mucho más, cuando se enteró que tenía un hijo, que ya había cumplido tres años de edad. A pesar de las visitas los fines de semana, jamás permitió que le llevaran a su hijo, debido a que no quería que guardara un mal recuerdo o pasara un mal momento. Por ese motivo, la primera Navidad, después que lo supo, solo pensaba en sus hermanos y en su hijo, con la ilusión de que el tiempo transcurriera ligero para volver a reunirse con él. A pesar de la nostalgia, cuenta que el 28 de diciembre fue un día agradable, porque era de costumbre mojar a todos y jugar entre ellos, con el agua por el día de inocentes; señala que, en realidad, fue el único día de convivencia, cuando todos estuvieron alegres y en paz y no hubo peleas de ningún tipo.

El fin de año y el 6 de enero también fueron fechas para los abrazos y el juego; al despedir un año, lo único que ellos podían hacer era llamar a sus familiares, a través de los celulares de los plumas, y dar una bocanada de humo, mientras oían el grito de la gente, que decía:

—¡Feliz año, hijueputa!, —ya que ni los sonidos de los carros, ni la pólvora de los años viejos, se oían dentro de la penitenciaría. Para el 6 de enero, en medio de juegos y recochas, fue la primera vez que David vio que los jefes tomaban; sin embargo, no era licor del común, sino un fermento de pan que, al día siguiente, produce el peor malestar de la vida. Por tal razón, cree que ese es solo el único día en el año que se toma dentro de una cárcel.

De algún modo, los meses y los días transcurridos allí traían su cierta monotonía y sorpresa; las situaciones variaban de acuerdo con los ánimos y tiempo que pasaba, tanto que, al poco tiempo, había cumplido dos años de estar privado de su libertad. David no olvida la noche

que salió de allí; cuenta que resultó algo curioso y gracioso a la vez, cuando oyó que el guardia le dijo:

—David, ¡aliste sus cosas, que se va de esta mierda!, —porque los internos, como en un acto simbólico, le gritan y le firman la camisa y los brazos, para que los jale; dicen que es de buen agüero firmar una prenda del interno que sale, con el fin de que los que se quedan puedan salir mucho más rápido. También, comentan, funciona cuando algún interno pone el nombre de una persona que le ha hecho daño, para que llegue ahí. De cualquier manera, David, apenas traspasó la puerta grande de la cárcel y, al oír los sonidos de los carros, los perros y las personas, dice que dejó botado todo, incluida la camisa, por no llevar consigo recuerdos tristes de ese mal momento entre los cuatro muros de esa cárcel.

Hoy en día, cuando ya ha pasado todo, David se dedica a su trabajo y a su familia; el mal episodio no desea que se repita; ha avanzado en sus estudios y pronto espera terminar su bachillerato, porque su gran anhelo es poder estudiar Derecho, porque sabe que las leyes son manipulables y, por ese motivo, sueña con la posibilidad de entenderlo y aplicarlo; mientras tanto, la lucha es en el día a día con sus hermanos, para que las cosas básicas de un hogar nunca falten y su hijo jamás tenga que atravesar esas circunstancias lamentables, en este calvario de la vida, cuando ella juega una partida en contra nuestra.

UNA TRISTE HISTORIA A MIS 5 AÑOS

Los primeros cuatro meses, David padeció de todo tipo de ansiedad; las condiciones de convivencia eran desastrosas, los insultos y maltratos por parte de los internos y de los guardias eran pan de cada día; la personalidad cambiaba de acuerdo con las amenazas y las condiciones del patio. El estrés y la depresión eran tan recurrentes que la mejor forma de pasar el sinsabor del encierro era fumando marihuana, después de bañarse y tender su cobija a un barrote y quedarse allí por horas, hasta que tuviera que hacer la fila para el almuerzo.

En muchas ocasiones, tuvo problemas por la comida con el rancharo, persona que hasta los mismos guardias denotaban en el lenguaje interno de la cárcel; este era el que daba la comida; a veces era justo en su trabajo y otras veces se la montaba a los internos; simplemente, se quedaba con alguna porción de arroz, algún pedazo de carne, algún vaso

de jugo; la idea era joder, tratar mal, debido a las mismas condiciones de aislamiento o, sencillamente, por asuntos personales.

—Recuerdo muy poco, casi nada; la infancia era un confort de viajes y comidas, cuando creía tenerlo todo. Mi hermano y yo fuimos muy consentidos, había plata, los mejores colegios, los mejores regalos, la mejor ropa, era una rutina diaria de nuestras vidas. Mis pininos los di en alfombra roja; podría decir que nada me faltaba, pero había algo de lo que yo jamás tendré memoria, algo que se escapaba a mi edad; eso, por lo cual aún me lleno de vacíos, algo que jamás recuperaré ni tendré oportunidad de sentir. Mi vida no sería la misma si todo hubiese sido como antes, como cuando tenía 5 años. De cualquier manera, hoy solo me queda la lejana imagen de mi vestido blanco, cuando todos, en la funeraria, lloraban la triste partida de mi madre.

El 11 de septiembre de 2003, Rosalba, funcionaria del Banco Agrario, fallecía a causa de un cáncer en el colon, a la edad de 36 años, Vanesa, la hija menor solo recuerda haber oído a su tía que decía:

—M' hija, póngase el vestido blanco, que tenemos que ir a ver a su mami, que está enferma. —La huella dejada por su partida es un sentimiento que la acongoja, cuando a ella le cuentan que su madre sufría de un cáncer, pero, debido a su corta edad, no recuerda haberla visto en esa situación.

Para esa época, cuando se cumplían dos años de la caída de las torres gemelas, donde más de 3000 personas murieron por el atentado terrorista, al igual que la conmemoración de los 30 años del 11 de septiembre de 1973, fecha en la que Salvador Allende cayó debido al golpe militar, las noticias sobre estos eventos históricos se mezclaban con la noticia de la muerte de Rosalba, que dejaba una niña de 5 años, un niño de 8 y un padre bueno para nada, que su única actitud, cuando se enteró de la muerte de su mujer, fue refugiarse en el alcohol, hasta el día de hoy.

—Sin duda, la muerte de mi mami marcaría la vida de todos; tiempo después, miras detrás del espejo la realidad, en la que vivíamos, producto del trabajo de mi madre y de ese amor incondicional y único, que no encontraré en ninguna parte. Es como un sueño para mí,

cuando danzaba en torno a la fantasía y comodidad, al ignorar eso, que era realidad, y mucho más eso considerado la calle, —señala Vanesa.

Muchos descuidos se produjeron con la ausencia de Rosalba; el primero de ellos, que cuenta Vanesa, fue, en los primeros cinco años de estudios realizados en el Colegio Filipense, la pensión, el cuidado, las tareas y la falta de atención, que se volvieron rutinarios cada año, hasta el punto de ser la única a la que, en la institución, tenían que llamar a su padre para que la fueran a recoger. Ella recuerda lo mucho que la afectó una tarde, cuando todos sus compañeritos salieron de clases y ella, en un parque, se quedó dormida, porque su padre no se acordó de ir a recogerla; los maestros, que ya lo sabían, hacían todo lo que estaba a su alcance para poder llamar y orientar al papá sobre el cuidado de su hija. Sin embargo, las palabras quedaban en el aire y Vanesa sentía el rechazo, el poco amor, la falta de interés de su padre respecto de ella y eso la llenaba de rencor y dolor año tras año.

Conforme iba creciendo, sus nuevas memorias giraban en torno a un papá alcohólico, un hermano desinteresado, unas tías apáticas y una familia sin hogar. La escuela era una especie de refugio, un escape a la realidad, donde sus compañeros y maestros, a través de las clases, los juegos y los eventos, hacían de los días una distracción para todo lo que vivía por fuera. Aunque se volvió una costumbre ya no ver a su padre, que la esperara afuera del colegio, como cuando vivía su mamá, el camino a casa, sola, se tornó una rutina diaria de madurez, cuando iba entendiendo que tenía que defenderse sola, porque nadie estaba ahí para apoyarla y más aún cuando la hicieran sentir mal, por no tener mamá, papá, ni familia que se preocupara por ella.

En mayo, Vanesa cursaba su último grado en el Filipense y, para su desdicha, por ser el último año en la escuelita, un programa escolar giró en torno al día de la madre. Las cartas, los poemas, los dibujos, los detalles, los pompones y demás, que hacían sus compañeros con alegría y felicidad, no lo eran para Vanesa. Había desarrollado cierto tipo de rebeldía conforme con el tiempo y no quiso participar de ninguna labor relacionada con ese programa; recuerda que, debido a eso, todos sus compañeros le voltearon la cara y la hicieron a un lado ese día; sin embargo, los profesores, que conocían de alguna forma las

razones, la aconsejaron e intentaron convencerla para que se integrara, pero eso fue imposible, porque al momento respondía:

—¿Para qué, si mi mamá está muerta?

La vida de Vanesa, después de la escuela, fue como la de un tipo de pelota que rebotaba de un lado para otro. Pasó a estudiar al María Goretti; su papá no quiso pagar más la pensión en el primer colegio; sus tías, cuando ya se enteraron que Vanesa empezaría a recibir una pensión, por parte de su madre, se mostraron más interesadas en su cuidado. Sin embargo, no aguantó mucho, debido a conflictos con su padre, por no querer hacerse cargo de pagos y disposiciones que el colegio requería. Las dificultades en el nuevo colegio también fueron visibles y, por ese motivo, la eficiencia académica no era muy buena, pues, básicamente, pasaba raspando y muy poco lograba sacar buenas calificaciones; aunque ya estaba entrando a la preadolescencia, aún le faltaba un año más para que su mente se disparara y empezara su comportamiento a declinar y, así mismo, sus amistades y su entorno, lo que iba a ocasionarle problemas y dificultades en el día a día, por la simple razón de no tener a alguien que se preocupara por ella.

Para el 2010, unas de sus tías lograron conseguirle un cupo en el Liceo de la Universidad; de alguna forma, el costo educativo era más económico y la educación distinta; sin embargo, en esa época Vanesa estaba en 12 años y la rebeldía se había desarrollado mucho más en ella. Una tarde, al estar en la institución, se voló con la intención de salir a comprar trago; era la primera vez que lo hacía, al igual que muchas otras compañeras; la locura de adolescencia fue a parar a oídos del Coordinador que, como castigo, mandó a llamar a los padres de cada una de ellas.

Al día siguiente, los padres llegaron, menos el de Vanesa, que no dio señales de vida; a ella no le quedó más remedio que informar a sus tías, pero ni ellas tuvieron tiempo para poder hacerse presentes y afrontar la locura de Vanesa; la ausencia y el tipo de rechazo indirecto que sufría de su parte era un motivo más para que ella siguiera intentando nuevas ocurrencias.

La sancionaron por una semana, porque algunos compañeros le echaron el agua sucia de que ella había sido la que compró y gastó el licor; aun así, no le importó. No obstante,

cuando su papá, en medio de las borracheras, vio que su hija no salía de casa, le dio curiosidad y esa fue de las únicas veces en que se hizo presente en el Liceo para averiguar sobre cuál era el problema; quiso regañarla por lo que había hecho, pero no tenía autoridad moral para decir y hacer nada, por lo que dejó las cosas como estaban.



Figura 7. Vanesa, con el retrato de su madre.

—Los que no han perdido a su mami nunca podrán entender la falta que hace una mamá; la madre, la verdad, es para todo, porque, digamos, con mi hermano o mi papá jamás tuve la confianza de contarles cuándo me había llegado mi primer ciclo menstrual; lo digo, porque, conversando con amigas, ellas tuvieron toda la confianza de contarle a su madre y los consejos y cuidados no se hicieron esperar; en cambio, yo nunca supe lo que era un cuidado en esos días y tampoco una orientación de cómo asumir eso tan natural de las mujeres; ni siquiera a mis tías; la verdad, fue una etapa que estuve completamente sola, —expresa Vanesa.

Las escapadas y las locuras no terminaron al estar en el Liceo, al punto que Vanesa tuvo que repetir el séptimo grado; a su papá, ante eso, no le quedó otro remedio que rogar y hacer un compromiso con la institución para que pudiera repetir el grado y persuadir a Vanesa que era responsabilidad de ella lograr que aprobara esta vez el séptimo grado. Sin embargo, una noche, después de haber ido a rogar por su suerte educativa, Carlos, el padre, llegó tan borracho que no lo pensó dos veces y le propinó una paliza a Vanesa, lo que le ocasionó lesiones graves en todo el cuerpo.

Los golpes, no sabe ella si fueron porque había perdido el año o por efectos del alcohol. Aun así, una de sus tías se había percatado de ese hecho, por lo que lo denunciaron por ese abuso, pero, a la hora de la audiencia, Vanesa, por miedo y por chantaje, desmintió esas acciones y a su padre lo dejaron libre. De cualquier manera, cuando pasó eso, Vanesa se distanció más de él, hasta el punto de no llegar a su casa después de clases. Afirma que llegó a pasar un mes por fuera de la casa; se la pasaba de casa en casa de sus amigas; la vida desordenada que llevaba causaba malestar en las madres de sus compañeras, tanto que hubo madres que les prohibían la amistad con ella o, luego de haberse quedado algunos días, le insinuaban que ya era tiempo de que se fuera para su casa.

Total, Vanesa tenía otra parte a donde llegar, por lo que no le importaba si la echaban o la alojaban; su concentración giraba en torno a las fiestas, los noviazgos y locuras, lo que hizo que no aguantara en el Liceo y se retirara, porque no respondía como debía de ser.

—La vida, para mí, era estar en la calle; empecé a tomar más seguido y, al mismo tiempo, conocía a mucha gente y esa gente me proporcionaba un cariño que yo, en mi casa, no

encontraba. Sencillamente, no me importaba nada más que hacer más y más amigos, — refiere Vanesa.

A pesar de todas las dificultades, llegó un momento en que no le quedó otro remedio que volver a su casa. Se pasó un año y medio sin hacer nada; la locura de la calle la había atrapado, hasta el punto de llegar a conocer y probar la marihuana; fumaba todos los días y la adicción se desarrolló muy rápido, tanto que no podía dejar de andar cargando una pipa, marihuana y fósforos. Al poco tiempo, entró a estudiar a un bachillerato acelerado, donde conoció nuevas personas y, junto con ello, diferentes situaciones que marcarían su vida.

La realidad con su padre no había cambiado mucho; por ello, Vanesa, luego de salir de su casa, fumaba, y ya era costumbre que llegara en ese estado. Recuerda que, un día, no fumó antes de entrar a clases y, a la hora del descanso, sufrió de un ataque de ansiedad y no se aguantó hasta el mediodía para fumar y, en horas de descanso, en un curso que tenía ventanas a una calle, fumó. Sin embargo, fue cosa de minutos para que la delatara una compañera, lo que ocasionó enemistades y los insultos y malos tratos eran pan de cada día, dentro del aula de clases. La situación pasó a mayores cuando ella lo volvió a hacer, ya que la persona que la delató la primera vez era una niña que estaba embarazada y pedía el mínimo respeto por su condición, pero a Vanesa eso poco o nada le importaba, por la poca conciencia que tenía de sus actos, lo que la llevaba a estar sola y aislada de algunos compañeros.

Esta situación de desinterés por sí misma la llevó a tocar fondo, cuando tuvo que ejercer la prostitución para satisfacer su adicción a la marihuana y a la vida callejera; sus ideas erradas y su condición de vida no le permitían ver otra forma de vida. Casi siempre recordaba a su madre y muchas veces pensó en suicidarse, por no encontrarle sentido a su vida.

—Lo hacía regularmente, cuando me faltaba el dinero; mi papá se olvidó completamente de mí, no existía para él, pero yo tenía necesidades y tenía que sacar dinero de alguna forma y, a mi edad, fue la única salida que tuve; incluso para pagos del bachillerato me sobraba. No fueron tiempos agradables, jamás hubo un placer cuando lo hacía y, antes de hacerlo, fumaba tanto como me era posible para no sentir nada y escapar a esa situación, que hoy

día repudio mucho; ni a mi peor enemigo le deseo ese tipo de vida, porque una vez que entras y obtienes dinero rápido, se te puede volver otra adicción, —afirma.

Sin embargo, una tarde cualquiera, se vio en la obligación de recurrir al Bienestar Familiar, por recomendaciones de profesores del bachillerato, para que pudieran ayudarle con su padre, porque la pensión que les había dejado su madre, a él no le importaba gastársela en trago y eso, para Vanesa, significaba dejar de lado esa mala vida en la prostitución. No obstante, cuando llegó al Bienestar Familiar, en una serie de preguntas rutinarias, le dijeron si había probado algún tipo de droga. Ellos, al oír sus testimonios, la retuvieron y la mandaron a un Hogar de paso, hasta que pudieran ponerse en contacto con su padre.

Cuenta ella, que fue una bendición que la retuvieran, porque donde había llegado, la señora dueña del hogar se portó tan amable y tan consejera con ella que, los 15 días que los tienen allí fueron suficientes para que se diera cuenta de los errores y desaciertos que había cometido debido a las mismas circunstancias. Al ver y compartir con otras niñas situaciones de violencia, maltrato, discriminación, abusos y abandonos, se dio cuenta de que no era la única y, ante eso, se prometió que iba a mejorar.

—No le miento, la dueña del hogar fue la única luz que tuve en medio de toda esa oscuridad; su manera de hablar y de decirnos las cosas, a cualquiera lo animaba a salir adelante. Puedo decir que, después de mi mamá, ella fue algo parecido a lo que es hablar con una madre.

Cuando se cumplieron los 15 días, el papá nunca apareció; solo una tía, que se comprometió a cuidarla y a darle un buen trato hasta que fuera mayor de edad. La vida con su tía cambió drásticamente; ya poco salía y fue nivelándose y terminando cada ciclo de sus estudios; al papá, cuando lo localizaron, lo obligaron a hacer que llegara el dinero de la pensión a su hija, para que cubriera todos los gastos necesarios.

—Las cosas con mi tía fueron muy diferentes: ella me controlaba más y eso, de cierta manera, era agradable, porque debía responder a la confianza y a la nueva vida que me estaba haciendo; yo cambié muchísimo después de haber pasado por ese hogar. Mire que yo era muy desordenada, nunca me preocupaba por mi espacio, pero, estando allá, la dueña nos trataba como a militares y todo debía estar en orden y limpio todo el tiempo. A eso,

para haber estado tanto tiempo en la calle, no le paras bolas, ni cuidado; sin embargo, eso me ayudó a no tener problemas en la casa de mi tía; era muy ordenada.

En el 2015, Vanesa logró graduarse; la vida desordena que llevaba pudo corregirla a tiempo y eso le evitó problemas a futuro. Hoy día ha ingresado a la universidad y, con el mayor esfuerzo, ha intentado sacar su carrera adelante. Lleva siempre presente el recuerdo de su madre y, por ella, ha prometido no volver a caer en adicciones ni en humillaciones, como vender su cuerpo. La carga la lleva en las noches, cuando, de repente, le dan ataques de depresión y sus ánimos decaen al sentirse sola, pero los cubre con llanto y procura abrazar su soledad, en tal medida que se va quedando dormida, con el recuerdo de su madre.